

# La Ilustración Artística

Año XXX

BARCELONA 3 DE JULIO DE 1911

Núm. 1.540

ROMA.—EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE MODERNO

EL PABELLÓN ESPAÑOL



EL EXALCALDE DE ROCAFORT, cuadro de José Benlliure

(Copia de una fotografía.)

Trasunto fidelísimo de la realidad, de esos tipos característicos que van desapareciendo, recordando el modo de ser de una región, es el personaje reproducido por el ilustre artista, que, atento a su meritorio empeño, da a conocer la tierra valenciana en todos sus aspectos, que le ofrecen ocasión para testimoniar una vez más la justificada consideración que de todos merece.



**Texto.**—Revista hispanoamericana, por R. Beltrán Rózpide. — El aro, por Matilde Alanic. — París. Cuestación benéfica. — Cuadros de José M.<sup>a</sup> Marqués. — Londres. Coronación del rey Jorge V. — La princesa Clotilde de Saboya. — Baice'ona. Monumento á los mártires de la Independencia. — La banda militar francesa. — Problema de ajedrez. — Justicia humana (novela ilustrada; continuación). — Madrid. — Congreso Eucarístico. — El nuevo enviado extraordinario y ministro de Chile en España. — Libros.

**Grabados.**—El excalde de Rocafort, cuadro de José Benlliure. — Dibujo de Sardá, ilustración al cuento El aro. — París. «El día de la florecilla». — Añoranza, cuadro de Gili y Roig. — Retratos pintados, En la paz de los campos, cuadros de José M.<sup>a</sup> Marqués. — Londres. La coronación del rey Jorge V (cinco fotograbados). — El hombre del gorro encarnado, cuadro. — La muerte de Isolda, cuadro de R. Egusquiza. — La hija pródiga, cuadro de Carlos Vázquez. — La princesa Clotilde de Saboya. — Barcelona. Inauguración del monumento á los mártires de la Independencia. — Solistas de la banda francesa del 57 de infantería. — Madrid. El cardenal Aguirre, legado pontificio al Congreso Eucarístico. — El obispo de Madrid-Alcalá. — Los prelados á la salida del palacio real. — La familia real saliendo de la cripta de la Almudena. — Excmo. Sr. D. Emiliano Figueroa, enviado extraordinario y ministro de Chile en España. — Excelentísima señora doña Leonor Sánchez de Figueroa. — Valencia. Inauguración del Ateneo Musical.

## REVISTA HISPANOAMERICANA

**República Argentina:** las doctrinas políticas del nuevo presidente: la reforma electoral: la representación de las minorías y el voto obligatorio: el desequilibrio entre el progreso material y el progreso político: régimen de economías: la riqueza agrícola: la inmoralidad administrativa en las aduanas. — **Ecuador:** las islas de los Galápagos y los Estados Unidos. — **Política internacional centroamericana:** la 3.<sup>a</sup> Conferencia Centroamericana y sus acuerdos. — **Costa Rica:** el arreglo de la Deuda exterior. — **Nicaragua:** malestar general.

El nuevo presidente de la Nación argentina, el Dr. Roque Sáenz Peña, se ha dirigido á los representantes del pueblo exponiéndoles «criterios de optimismo y de verdad.»

En el Mensaje que leyó ante senadores y diputados cuando en mayo último se inauguraba el nuevo período legislativo, declaró que había comenzado la obra lenta y reposada de comprobar la realidad de su programa, y afirmó rotundamente su propósito de dar efectividad irrevocable á las instituciones republicanas por la plena verdad del sufragio.

Los primeros párrafos del primer Mensaje del doctor Sáenz Peña contienen ideas, doctrinas ó principios de orden político que bien merecen consignarse como expresión del pensamiento de un hombre que preside á una gran nación, madurada por la grandeza material y la elevación de su cultura para la práctica de la democracia.

La República Argentina continúa su marcha ascendente afianzando sus progresos en los favores de la paz. La situación presente da la seguridad del orden definitivo. Nada lo amenaza en nuestros días y nada lo conmoviera en lo porvenir, si estudiando la crisis que ha sufrido y sufre el país, se eliminan las causas en lugar de agitarse contra los efectos.

Los hombres de gobierno no han de dejarse sorprender por la aparente confusión de los fenómenos que se reproducen en la Historia. Hay que metodizarlos, hay que clasificar las cruentas experiencias, es menester introducir en la política la ciencia de las causas, y no reducirla al recurso improvisado contra el asalto diario del conflicto.

Apremia poner realidad en el sufragio, y este problema, el de la reforma electoral, es el primero que plantea y se propone resolver el nuevo presidente.

El sufragio es un compuesto de garantías que deben acordar los gobiernos, y de derechos que deben ejercer los electores; y no es posible desdoblarse sus términos sin que el acto legal desaparezca para dar nacimiento á la ficción. No basta, pues, que los ciudadanos voten; si los poderes no amparan su voluntad. Quebrantada la armonía de este binomio, no es difícil inquirir las razones de la abstención.

La representación de las minorías y el voto obligatorio complementan la reforma proyectada, que ya tiene precedentes ó ejemplos en varios países, España entre ellos. Aquella representación trae á los gobiernos el concurso solidario de todas las opiniones. El sufragio obligatorio es, más que un principio incorporado á un sistema, un tratamiento activo destinado á combatir una enfermedad específica.

Puestas de acuerdo las legislaciones con la práctica institucional, la República Argentina podrá enun-

ciar con esta expresión simple y concreta su vida democrática: pueblo que vota y gobierno que administra.

Pone Sáenz Peña resuelto empeño en que se sancione la reforma electoral, porque ha de contribuir á que desaparezca la sensible desproporción que existe ahora entre el progreso material y el progreso político de la República Argentina. «Falta el espíritu vivo de las instituciones y el concepto preciso del deber cívico.» Son palabras del nuevo presidente, que repite lo que ha tiempo vienen señalando los estadistas de aquella República; la antítesis entre la vida política y la vida económica, á que se refería en sus mensajes el Sr. Figueroa Alcorta, y que ya hemos consignado en estas *Revistas*.

Aspira Sáenz Peña al equilibrio de todos los adelantos para realizar la fórmula de la civilización contemporánea que persigue en la producción y en la riqueza, no una finalidad, sino un medio poderoso de perfeccionamiento.

En el orden financiero, la nueva administración aspira á realizar grandes economías. Se imponen criterios de estricta circunspección y prudencia, pues mal defendida todavía la enorme producción argentina contra los azares de la Naturaleza, todas las previsiones se justifican—para precaverse de contratiempos siempre posibles,—en la obligada inestabilidad de un país agrícola.

Las contrariedades climáticas de los dos últimos años han mermado en parte el fruto de la agricultura, si bien no han detenido su impulso vigoroso. Por otra parte, para apreciar el desenvolvimiento de la riqueza agrícola deben compararse períodos que revelen evoluciones extensas, y comparando, en efecto, el quinquenio que terminó en 1907 con el terminado en 1911, se ve que el valor de dicha producción acusa un aumento de 72 por 100. Claro es que la menor cosecha del último ejercicio ha sido causa de que disminuya la exportación: 25.000.000 de pesos oro menos que en el año anterior. Pero las importaciones acusan un aumento de 40.000.000 de pesos oro.

Alude también el Mensaje á la inmoralidad y delincuencia del personal de Aduanas, contra el que ha sido preciso dictar severas disposiciones. Se han cometido muchos desfalcos en los depósitos ó almacenes y, además, para hacer desaparecer las pruebas del delito, los culpables prendían fuego á dichos depósitos, produciendo así grandes incendios y enormes perjuicios al comercio.

\* \* \*

Treinta y cinco millones de pesos oro dan los yanquis á la República del Ecuador por el archipiélago de las islas de los Galápagos. Suman éstas unos 7.500 kilómetros cuadrados de superficie, de modo que se pagan á 230 pesetas la hectárea.

Ciertamente, las tales tierras, conjunto de rocas volcánicas, de cráteres, lavas y escorias, sin yacimientos minerales útiles y con zonas muy reducidas de suelo cultivable, sin más riqueza que sus enormes tortugas, no valen hoy lo que dan por ellas los norteamericanos. Pero si el canal de Panamá se termina y se abre á la navegación en la época que los yanquis prometen, las islas de los Galápagos han de tener muy pronto gran importancia política y estratégica, por su situación al SO. de Panamá y en el camino hacia los archipiélagos de la Polinesia. Serán la primera estación y escala de la futura vía oceánica entre América y Asia. Claro es que hace falta establecer en ellas puertos con todas las condiciones que requiere una buena estación naval; pero estas obras, por muchas dificultades que ofrezcan, se llevan siempre á cabo cuando se dispone de los recursos necesarios, y todavía tienen los yanquis muchos millones de dólares para ponerlos al servicio de los americanos del Centro y del Sur.

Panamá, Galápagos..., tierras, las que fueren, de la América hispana, pónganse ahora, bajo el dominio ó la acción de los norteamericanos, en aptitud de rendir los provechos ó las utilidades de que sean susceptibles: pronto ó tarde, por ley histórica de evolución, aquellos han de declinar y desaparecer; mas siempre quedarán en esas tierras las mejoras hechas con el oro de los yanquis.

\* \* \*

A pesar de las discordias intestinas y de la guerra civil en algunas repúblicas de la América central, á pesar de la creciente influencia política y económica de los yanquis en ellas, perseveran los centroamericanos en su patriótica labor de unión.

En los primeros días de este año de 1911 se reunió en Guatemala la 3.<sup>a</sup> Conferencia Centroamericana, cuyos actos, con las convenciones acordadas,

acaba de publicar la correspondiente Oficina Internacional instalada en dicha ciudad. Las convenciones son:

Traslado á San José de Costa Rica, del asiento ó residencia de la Corte de Justicia Centroamericana que, según el tratado de Washington de 1907, debía ser, y fué, Cartago.

Provisión de los Consulados cuya representación deba unificarse por común acuerdo de los gobiernos de las cinco Repúblicas, y concesión de inmunidades diplomáticas á los Delegados á la Oficina Internacional.

Unificación en los cinco estados de la enseñanza primaria y secundaria, previo Congreso pedagógico que se reunirá en San José el 1.<sup>o</sup> de diciembre del corriente año.

Establecimiento en el transcurso del año 1912, ó antes si fuese posible, de las instituciones recomendadas en el artículo 4.<sup>o</sup> del tratado general de paz y amistad firmado en Washington el 20 de diciembre de 1907, á saber: una Escuela Práctica de Agricultura en la República de El Salvador, otra de Minería y Mecánica en la de Honduras, y otra de Artes y Oficios en la de Nicaragua.

Absoluta libertad de comercio entre las cinco Repúblicas de Centroamérica respecto á los productos, naturales ó manufacturados, originarios de ellas. Quedan excluidos de esta estipulación los artículos estancados ó que en lo sucesivo se estancaren por los respectivos gobiernos.

Finalmente, convenios para el canje de fardos postales y para el establecimiento del comercio de cabotaje entre las cinco Repúblicas. Los gobiernos de Nicaragua, El Salvador y Honduras, que al presente cuentan con embarcaciones adaptables á dicho comercio, lo iniciarán desde luego, poniéndose de acuerdo entre sí para la reglamentación é itinerarios del servicio.

La 4.<sup>a</sup> Conferencia Centroamericana se reunirá en la ciudad de Managua, capital de la República de Nicaragua.

\* \* \*

La difícil cuestión de la Deuda exterior de Costa Rica está ya resuelta. La Oficina Internacional Centroamericana cree que el conocimiento y estudio de los documentos y opiniones relacionados con tan vital asunto, son de urgentísima necesidad para los otros países hermanos del Istmo, por cuanto casi todos tienen que resolver el mismo problema que acaba de solucionar aquella República, y en consecuencia ha publicado, en opúsculo especial, dichos documentos y opiniones.

Contando los intereses, la Deuda exterior ascendía en 31 de diciembre de 1910 á 2.893.000 libras esterlinas. Aprobado ya el contrato que hizo la República con el banquero de Nueva York Minor C. Keith, aquella emitirá bonos hasta el valor nominal de 1.617.200 libras esterlinas, pagaderos en ó antes del día 1.<sup>o</sup> de enero de 1918, con interés del 4 por 100 anual en los primeros diez años, y de 5 por 100 en los sucesivos. Dichos bonos, sus intereses y los gastos que deriven del servicio de los mismos, están garantidos con todos los ingresos de aduana que la República perciba por derechos de exportación é importación hasta que los bonos sean debidamente pagados.

Este convenio ha producido muy buen efecto en los círculos financieros de América y de Europa. El crédito de Costa Rica se restablece, y el capital extranjero, tan necesario para el engrandecimiento de estas naciones, llegará seguramente al país, si en él encuentra protección y estabilidad.

Ahora se trata del arreglo de la Deuda interior; con este objeto el Poder Ejecutivo ha sido autorizado para negociar un empréstito, y parece que hay buenas ofertas hechas por banqueros franceses.

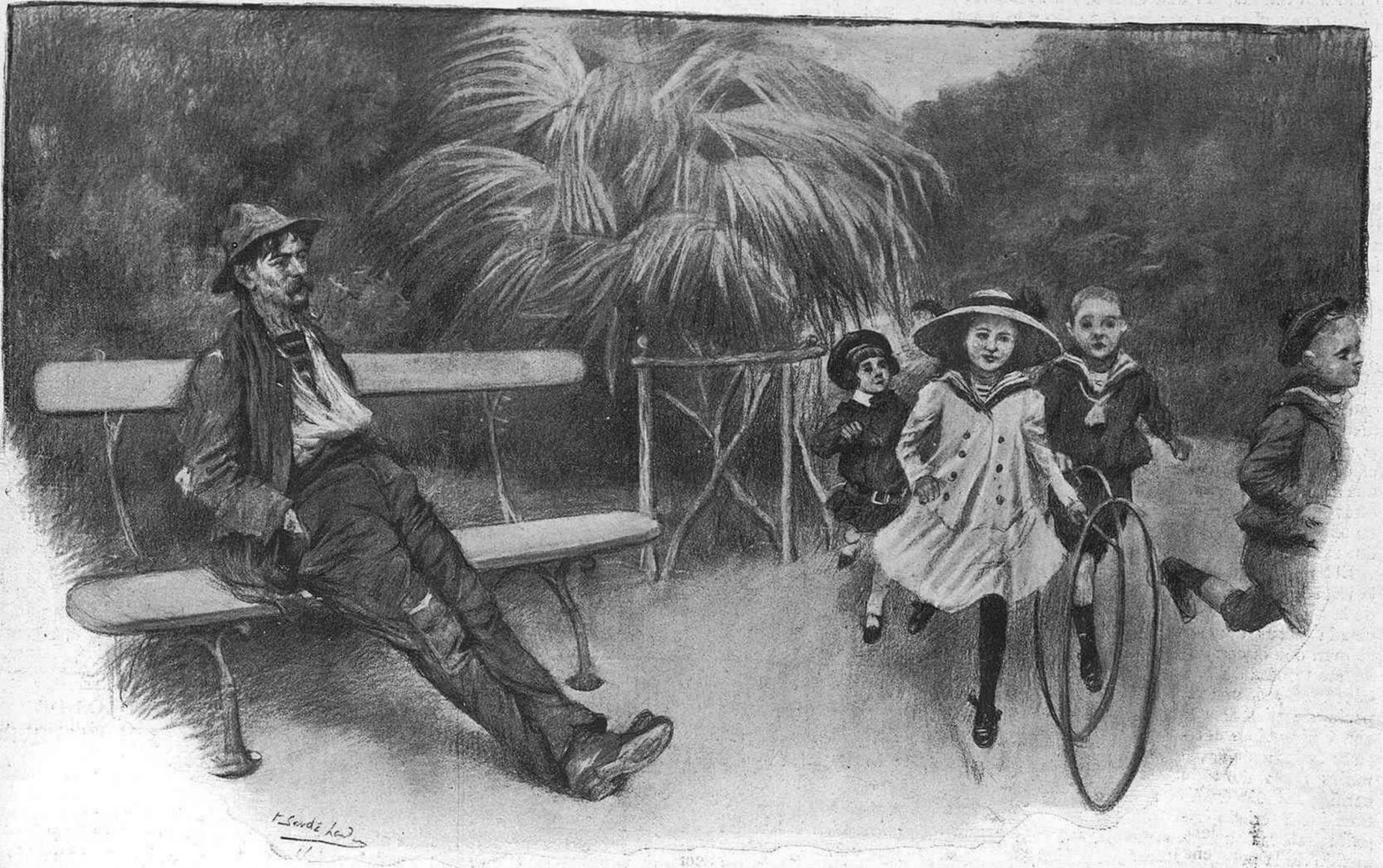
\* \* \*

De Nicaragua siguen viniendo malas noticias. La prensa de las Repúblicas vecinas y de las Antillas señala el estado de inquietud política en que se vive en aquel territorio, su pésima situación económica y su escandalosa administración. El general Estrada no ha podido sostenerse en el poder y dimitió en mayo último, encargándose interinamente de la presidencia el vicepresidente Díaz.

Con gran fruición dan cuenta de estos hechos los periódicos yanquis, y los citan, exageran y comentan para llegar á la conclusión de que sólo anexionándose Nicaragua á los Estados Unidos pueden tener remedio los males que sufre esa República.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

EL ARO, CUENTO DE MATILDE ALANIC (I), dibujo de Sardá



Sigue con los ojos los movimientos de la bandada bulliciosa

I

Las verjas de hierro del jardín público no cesan de rechinar empujadas por los paseantes. El día ha sido largo, asfixiante; del cielo, que parecía calentado al rojo, caía fuego. Y ahora, en el descanso de la tarde, todos los desdichados á quienes sus ocupaciones retienen en la ciudad y que, con aquel calor canicular, han tenido que sufrir el forzado encierro de la oficina ó del taller ó la abrasadora atmósfera de la calle, acuden allí á respirar un poco de aire fresco que alivie su pecho oprimido y á alegrar sus ojos y su alma con la visión del cielo, de los árboles y de las flores.

La hora es deliciosa; el azul crudo del firmamento se ha suavizado en una tonalidad de turquesa en la que se extienden, hacia el Occidente, tenues nubes doradas; los cisnes hinchán sus alas, se deslizan sobre el agua inmóvil de uno á otro extremo del gran estanque y arquean sus cuellos serpentinos para coger las golosinas que los niños les ofrecen.

Numerosos grupos circulan con paso indolente y hablando en voz apagada, bajo la bóveda ya ensombrecida de las alamedas ó por la avenida central, á cuyos lados se levantan cestas de flores de donde se escapa el embriagador perfume de los heliotropos y el acre aroma de los geranios. Los colores se atenúan; se esfuman las lontananzas, y un rayo de fuego se extingue lentamente después de haber iluminado por un instante las ligeras nubecillas que toman un tinte amarillado. El sol ha desaparecido allá lejos, detrás del horizonte, que las casas ocultan, llevándose consigo los lancinantes cuidados, los pensamientos que oprimen.

Es la tregua de la noche que empieza, y el crepúsculo se prolonga envolviéndolo todo en un ambiente de encanto y de paz.

En un banco hay un hombre con la cabeza inclinada; nadie pensaría seguramente en sentarse á su lado, y las miradas que á menudo le dirigen los viandantes desvíanse de él apresuradamente. Su aspecto suscita ideas desagradables, imágenes sombrías que romperían, en quien se entretuviese con ellas, la ar-

monía de aquel hermoso atardecer; y en verdad son demasiado raras las horas de tranquilidad de que en este mundo gozamos para que las entristezcamos sin un motivo poderoso.

Tiene el cuerpo flacucho, la tez terrosa, las mejillas hundidas de quienes han sufrido desde niños; los miembros deformados por un trabajo superior á sus fuerzas, tal vez por un oficio malsano; y lleva las ropas sucias, miserables, de los infelices que no poseen más que las puestas.

—¡Un vagabundo!, dice para sus adentros el desocupado que se pasea con el cigarro en los labios, en el bienestar de la digestión.

Y en el fondo de su pensamiento añade con cierta impaciencia contra la incuria de las autoridades constituidas:

—¿Por qué no ha de prohibirse la entrada en el jardín á gentes semejantes?

Y en efecto, aquel hombre sólo inspiraría una impresión de repugnancia y de compasión vulgar, mezclada con algo de terror, si no fueran sus ojos, unos ojos azules, trágicos y dulces, dilatados y famélicos, cuyo brillo ilumina aquel rostro demacrado. Aquella mirada feroz y triste proclama la angustia suprema de un alma bajo el peso de un destino funesto, la desesperación de la impotencia para la felicidad, la pena desconsoladora de un corazón atenaceado, de una inteligencia atrofiada, encerrada en las negruras de la ignorancia, de la miseria, de la vida bestial.

—¿Por qué vosotros y no yo?, dicen claramente sus pupilas pálidas, en las que se asoma la amargura de la envidia, cada vez que pasan una familia, un grupo de amigos en alegre y frívola charla, ó una silenciosa pareja que pasea sus ensueños amorosos.

¡Para los demás el amor, los goces delicados, todo lo que constituye la gracia y la dicha de la existencia! ¡Para él, nada! ¡Ni siquiera una esperanza, ni un grato recuerdo!

¿Quién sabe cuáles exasperadas reivindicaciones rugen en aquel espíritu obscuro, abriéndolo á sentimientos de odio?

II

De pronto la gran avenida se llena de gritos ensordecedores, de carreras desenfundadas; es una bandada de lindas criaturas que han organizado una ca-

rrera de aros y que, con las piernecitas desnudas y los grandes cuellos de sus marineras levantados por el viento, corren como flechas arrebatadas por el entusiasmo de su juego.

El hombre del banco se ha erguido y sus endurecidas facciones se han animado con una sonrisa vaga; sigue con los ojos los movimientos de la bandada bulliciosa y se interesa en su juego, en las probabilidades de victoria de cada uno de los corredores, en aquel bello arranque de valentía.

Y sin embargo, son niños ricos, son los hijos de aquellos á quienes maldecía hace un instante; pero son niños, y su inocente alegría ha disipado sus malos pensamientos, inundando su alma de inefable dulzura.

Pasan unas niñas cogidas de la mano y su graciosa esbeltez, su andar ligero, le enternecen. Mira las falditas bordadas, las sutiles figuras cuyos tonos claros resaltan sobre el fondo obscuro de los árboles ó sobre el pálido verde del firmamento, y los nenos con sus cuellos de encajes que andan sobre la arena con menudo y vacilante paso. Y se siente contento de que todo aquello sea bonito, elegante, amable para regocijar sus ojos de pobre diablo, que, en toda su vida, no han visto más que cosas feas, repugnantes, lamentables.

Un poco de toda la felicidad esparcida por el mundo ha penetrado en su alma, iluminándola por vez primera desde que existe.

Rápidamente, con velocidad loca, pasan de nuevo los corredores, encarnados, sin aliento, envarados por el esfuerzo, piando como bandada de estorninos, y detrás de ellos, enardecido por la emulación, sale de una avenida lateral un niño menudito que viste seguramente sus primeros pantalones. Un cinturón de cuero, puesto muy bajo, alarga su cuerpo en detenerada de sus piernas, y una enorme boina de tela encerada cubre su cabeza. Con su carita mofletuda y sus ojos desmesuradamente abiertos, tiene un aspecto deliciosamente cómico. Maneja su aro torpemente, sin conseguir que corra como los de los demás.

Apenas da un par de vueltas, el aro cae y, con él, cae también el chiquillo.

Levántase asustado, angustioso, sin atreverse á gritar y mirando con los ojos llenos de lágrimas hacia el bosquecillo, de donde sale al fin una joven alta, tiesa, visiblemente impacientada por haber tenido

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

que suspender su lectura, ya difícil á consecuencia de la caída de la tarde.

Sin una mirada, sin una caricia, sin inclinarse siquiera, coge el aro de manos del niño y lo empuja dos veces metódicamente con la varita.

—Así se hace, dice secamente, con marcado acento extranjero.

Y considerando que aquella demostración es suficiente, vuelve el aya á su banco, abre su libro, en donde tiene hundido el dedo á modo de señal y se abstrae de nuevo en la lectura de una novela.

### III

Abandonado á su desdichada suerte, el pequeñuelo reanuda con entusiasmo sus esfuerzos y se reproduce la cómica lucha entre el chiquillo y el aro: unas veces es el uno, otras el otro, pero constantemente uno de los dos está en tierra.

El hombre sigue con la vista las evoluciones de la boina de tela encerada y sus ojos se alegran con la conmovedora torpeza del muchacho. Siente una especie de piedad por aquel niño rico entregado á manos mercenarias faltas de todo cariño y se indigna contra aquella criada larguirucha y malhumorada. Qué, ¿no podría acudir en auxilio de la pobre criatura?

El aro parte nuevamente, tropieza, vira, se tambalea como un borracho, describe caprichosas espirales y acaba por caer sobre la arena, entre las piernas del hombre del banco. Éste entonces levanta el juguete y lo alarga sonriente al niño, que le mira intimidado.

—Esto se hace así, dice suavizando su voz ronca para no espantar al chiquillo.

Y uniendo la acción á la palabra, pone en movimiento el aro, infunde ánimos al pequeñuelo y vigila sus ensayos. El niño se entrega al juego con toda su alma y tan bien lo aprende, que el juguete recorre algunos metros.

—Gracias, señor, balbucea riendo de satisfacción y elevando sus ojos ingenuos hacia su improvisado profesor.

Y el miserable sonríe, con el alma turbada por una alegría singular... ¡Ya no está solo!.. ¡Ya no es un réprobo!.. ¡La vida es buena y los hombres también!

Pero la noche se acerca; la lectura es ya imposible y el aya cierra el libro con gran malhumor, porque tiene que dejar interrumpida, en su punto culminante, una escena de palpitante interés.

Y de pronto su semblante inexpresivo refleja una verdadera indignación. ¡Dios misericordioso!.. ¡Qué horror!.. ¡Ese insoportable Jack en compañía de un hombre cubierto de harapos!.. El aya no puede sufrir á la gente pobre y sin duda para indemnizarse de las humillaciones que diariamente ha de sufrir, yérguese alternamente ante aquel miserable y cogiendo del brazo al niño, exclama:

—Jack, venga usted inmediatamente. ¿Dónde se ha visto estar de conversación con un mendigo?

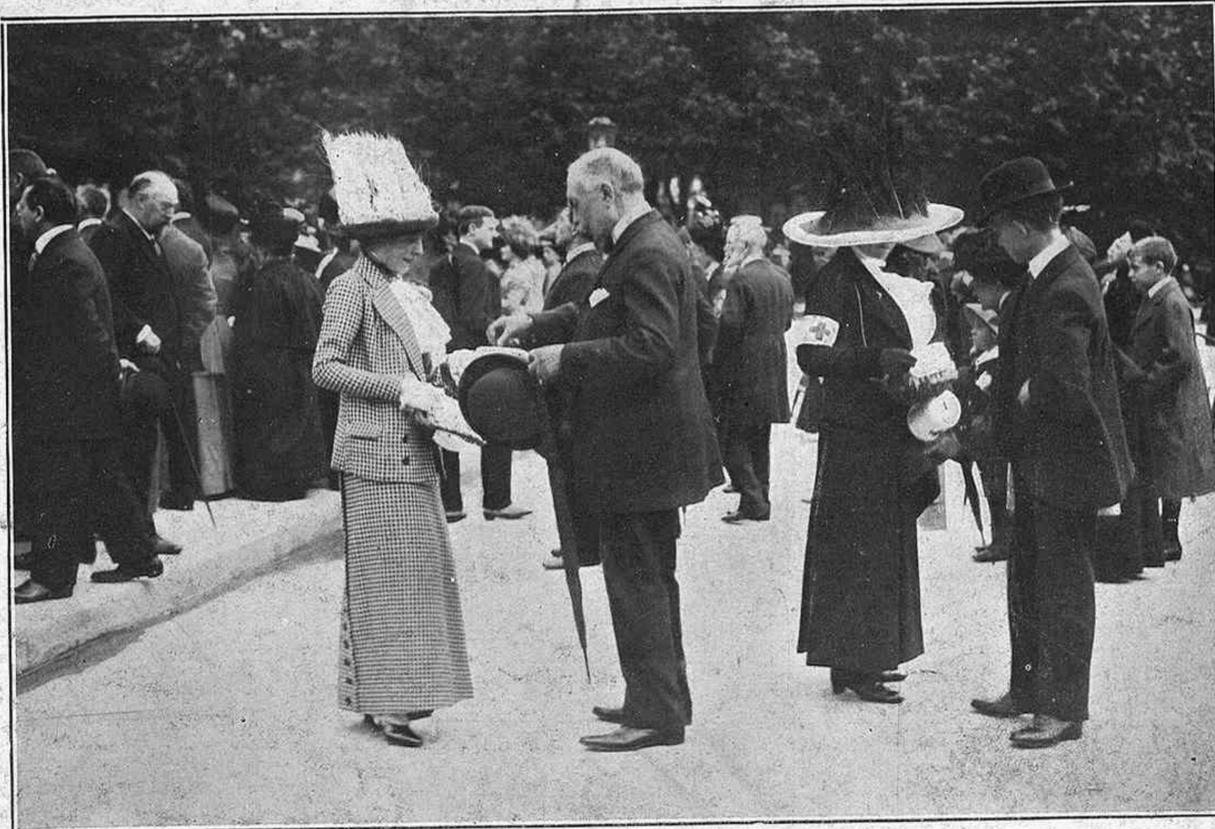
Y el muchacho, sofocado, se deja llevar sin atreverse á llorar ni á resistirse y con un vago convencimiento de haber cometido alguna enormidad.

El hombre también se aleja.

Camina arrastrando los pies, con la cabeza más inclinada, más encorvado el cuerpo; abatido porque

puédiesen aportar su óbolo desde el más modesto obrero al más linajudo aristócrata y al hombre de negocios más opulento.

Al efecto organizóse lo que se denominó «el día de la florecita» y el domingo, 18 del mes pasado, en todos los bulevares, en todos los paseos, en todas las calles, en todos los teatros y cinematógrafos de París, cinco mil señoras, señoritas y niñas aboraban á los transeuntes y les ofrecían una florecita de celuloide azul á cambio de un donativo que no podía ser inferior á diez céntimos. A las pocas horas de haber comenzado tan original cuestación, no había casi un parisiense que no ostentase en su ojal la simbólica florecilla, que gentiles manos le habían prendido diciendo: «Caballero, para los heridos de Marruecos.» Ocioso es decir que, en los cepillos de colecta, se recogieron casi más monedas de plata y de oro que de cobre, y que el total de lo recaudado ascendió á una cantidad muy importante.



París.—«El día de la florecita.» cuestación realizada por la Unión de las Mujeres de Francia en las calles, paseos y teatros de aquella capital, el día 18 de junio último, á beneficio de los heridos de la guerra de Marruecos. (De fotografía de Harlingue.)

ha terminado la corta fiesta que ha alegrado sus ojos y su corazón, y como llevando sobre sus hombros todo el peso de la miseria y de la desdicha. Y en su mente resurgen las ideas siniestras que las risas infantiles habían por un momento desvanecido.

### PARIS.—UNA CUESTACIÓN BENÉFICA

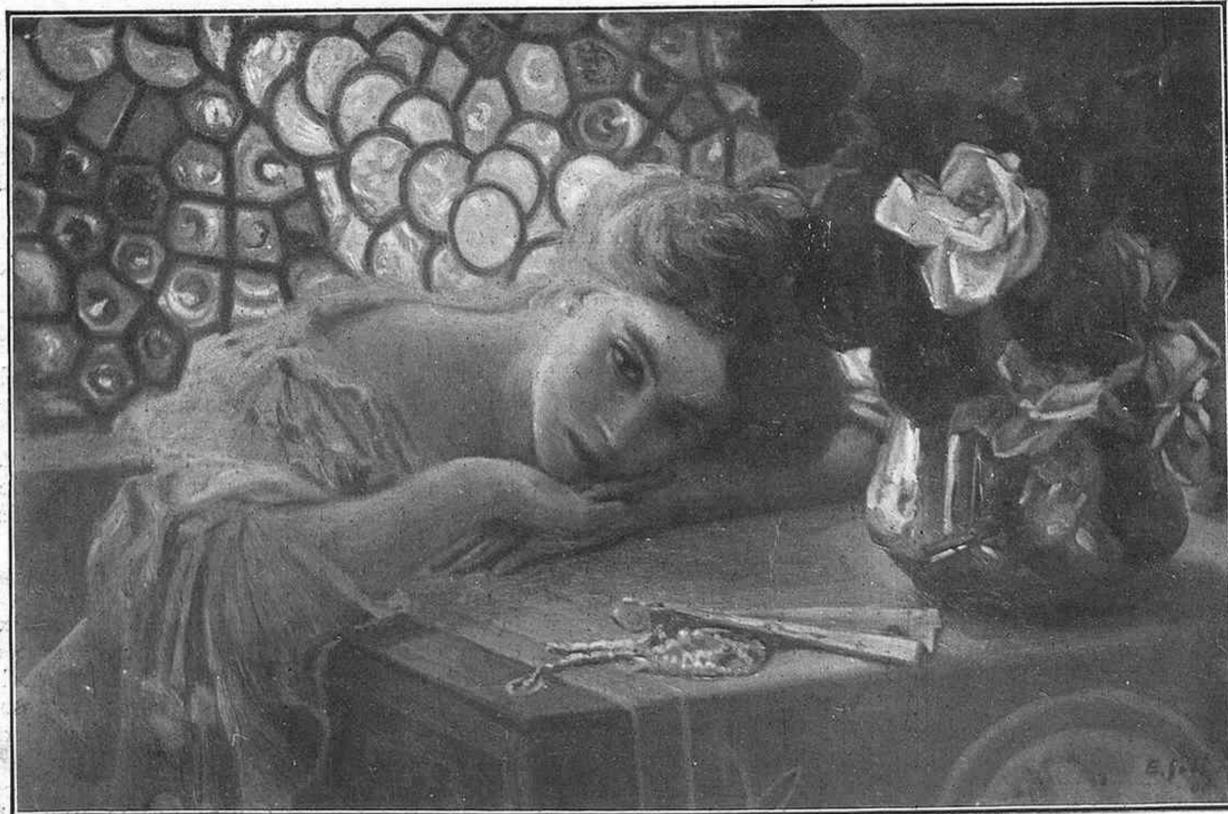
La Unión de las Mujeres de Francia, que consti-

lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, pues pertenece al número de nuestros más antiguos y constantes colaboradores, y en nuestras páginas puede seguirse, por decirlo así, paso á paso su carrera y estudiarse su personalidad artística, que ha sobresalido siempre en dos géneros: el paisaje y el retrato. Con ser éstos tan distintos, Marqués ha producido en ellos obras verdaderamente notables, sin apartarse nunca de la norma que desde un principio se impusiera y que puede resumirse en dos palabras: la sinceridad y la seriedad.

Marqués no necesita ser presentado á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, pues pertenece al número de nuestros más antiguos y constantes colaboradores, y en nuestras páginas puede seguirse, por decirlo así, paso á paso su carrera y estudiarse su personalidad artística, que ha sobresalido siempre en dos géneros: el paisaje y el retrato. Con ser éstos tan distintos, Marqués ha producido en ellos obras verdaderamente notables, sin apartarse nunca de la norma que desde un principio se impusiera y que puede resumirse en dos palabras: la sinceridad y la seriedad.

Marqués siente lo que pinta y en pintar lo que siente pone todo su conocimiento de la técnica del arte. No se ha dejado arrastrar nunca por las exageraciones que la moda impone en un momento dado; mas no se crea, por esto, que, encerrado en su torre de marfil, haya desdeñado las enseñanzas de la evolución que en el arte, como en todo, se realiza incesantemente. Al contrario, de esas enseñanzas ha sabido aprovecharse y buena prueba de ello son las obras que últimamente expuso en el Salón Parés y algunas de las cuales reproducimos en la siguiente página. En ellas, y así lo ha consignado unánimemente y en los términos más encomiásticos la prensa barcelonesa, se advierte que Marqués ha realizado un nuevo avance dentro de las tendencias de un sano modernismo y que, sin perder su personalidad, ha encontrado para ella una nueva y valiosa modalidad que significa un grande y positivo progreso y le conquista nuevos títulos al aplauso de la crítica y á la admiración del público.

Reciba, el distinguido y como pocos laborioso artista, nuestra más sincera enhorabuena por su reciente éxito, que no será seguramente el último.



Añoranza, cuadro de Gill y Roig. (Salón del Fayáns Catalá.)

tuye una de las tres ramas de la Cruz Roja francesa, deseando aumentar los fondos de que dispone y que destina á socorrer á los heridos de las guerras coloniales, ha tenido una idea en extremo original para proporcionarse los recursos que necesita. En vez de recurrir á las funciones de gala, á las kermesses, á las tómbolas, que limitan las manifestaciones filantrópicas á un reducido número de gentes, ha querido que á su obra contribuyese todo París y que á ella

ha realizado un nuevo avance dentro de las tendencias de un sano modernismo y que, sin perder su personalidad, ha encontrado para ella una nueva y valiosa modalidad que significa un grande y positivo progreso y le conquista nuevos títulos al aplauso de la crítica y á la admiración del público.

Reciba, el distinguido y como pocos laborioso artista, nuestra más sincera enhorabuena por su reciente éxito, que no será seguramente el último.

OBRAS DE JOSÉ M.<sup>a</sup> MARQUÉS  
SALÓN PARÉS



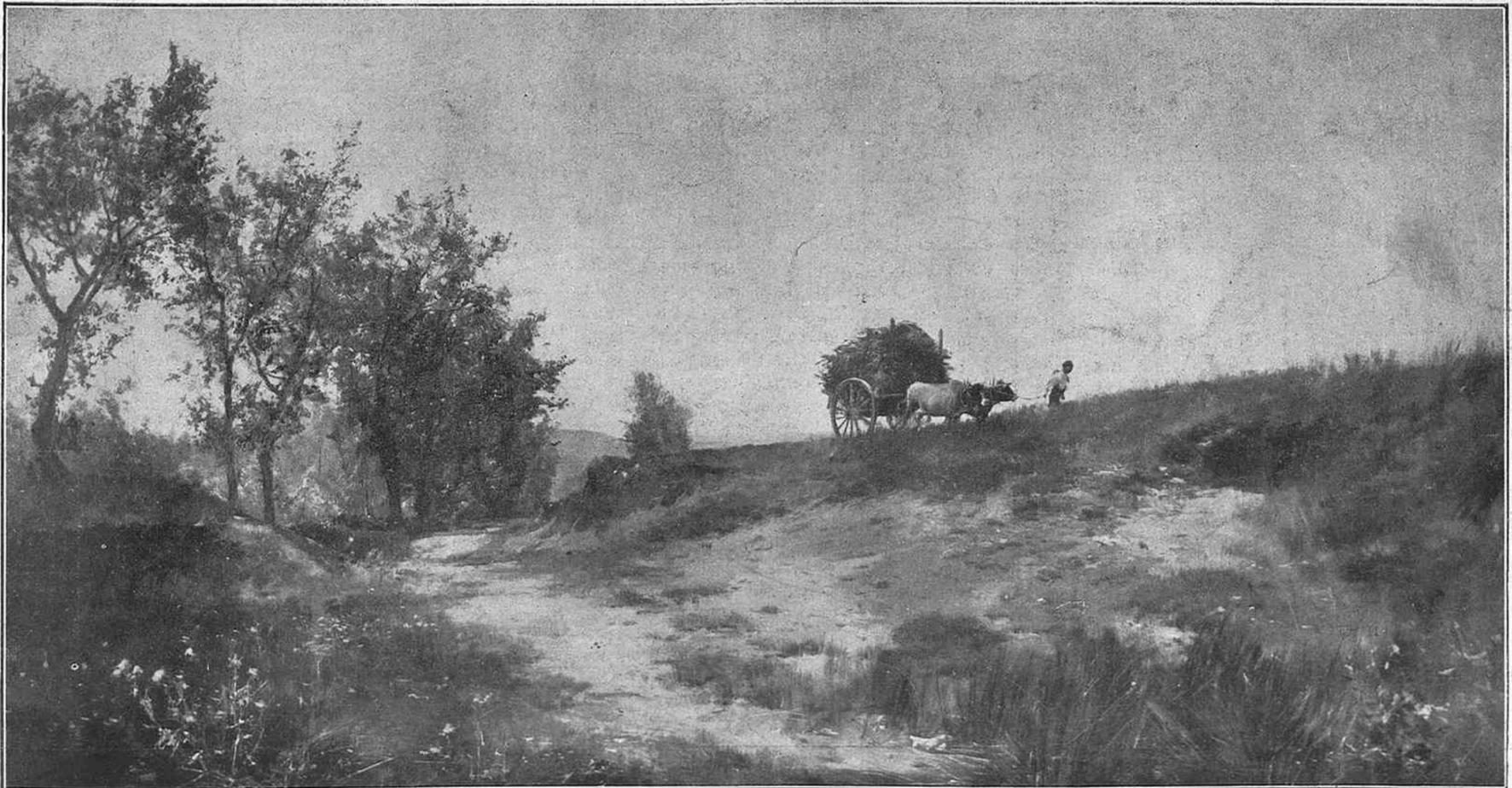
Retrato de la Srta. G. B.



Retrato de la Sra. V.



Retrato del Sr. M.



En la paz de los campos

4 b  
DIDAST

LONDRES.—CORONACIÓN DEL REY JORGE V



A las cuatro de la madrugada. En Trafalgar Square



A las cuatro de la madrugada. En Whitehall



SS. MM. á la salida del palacio de Buckingham dirigiéndose á la abadía de Westminster para la ceremonia de la coronación  
(De fotografías de L. N. A. Photo.)

LONDRES.—CORONACIÓN DEL REY JORGE V

Grandiosas, solemnísimas, han sido las ceremonias de la coronación del rey Jorge V de Inglaterra y de su augusta esposa la reina María; y esta solemnidad y esta grandiosidad han resultado no sólo de la magnificencia y del fausto tradicionales en todas las fiestas de la corte inglesa, sino también, y muy principalmente, del entusiasmo con que el pueblo londinense y la nación entera se han asociado al acto, demostrando una vez más el cariño, el respeto y la veneración que profesan á sus soberanos.

Desde las primeras horas de la madrugada del día 22, una multitud inmensa invadió las calles por donde había de pasar la regia comitiva. A las cuatro y media la batería de Hyde Park anunció la solemnidad con varias salvas y á las seis y media se abrieron las puertas de la abadía de Westminster, en donde había de efectuarse la coronación y adonde fueron llegando los príncipes extranjeros, los pares y los miembros de la alta nobleza que habían de recibir á los reyes.

En el entretanto, las tropas, en número de 50 000 hombres, habían cubierto la carrera.

A las diez y media salieron SS. MM. del palacio de Buckingham en una soberbia carroza tirada por ocho caballos blancos, dándoles escolta el duque de Connaught, el generalísimo lord Kitchener, el príncipe de Battenberg, el duque de Teck, los ayudantes del rey y los príncipes reales.

Media hora después llegaron los reyes á la abadía, organizándose en seguida la comitiva para entrar en el templo por el orden siguiente: altos dignatarios llevando las coronas, heraldos, los estandartes del reino y de las colonias, la reina,

seis damas, los varones de la nobleza portadores de los atributos reales, el rey con un obispo á cada lado, los pares, altos dignatarios, representantes extranjeros, etc. Al llegar frente

al altar mayor, los reyes se arrodillaron y después de haber orado breves momentos, ocuparon el estrado, comenzando entonces la ceremonia de la coronación, que se efectuó con el ritual de tradición y cuyo primer acto fué el reconocimiento. El arzobispo de Cantorbery presentó al rey á la representa-

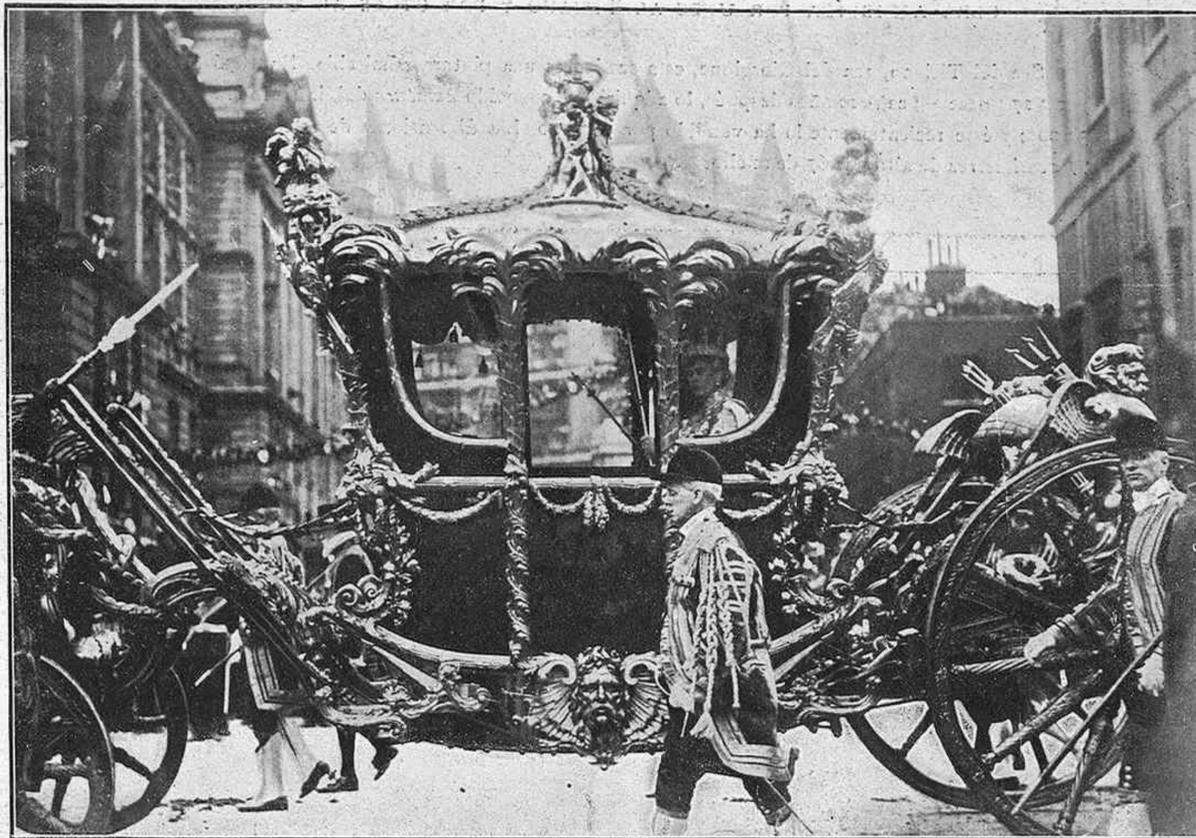
ciones del pueblo inglés congregadas en la abadía, preguntándoles si estaban dispuestos á rendirle homenaje, á lo que todos los concurrentes contestaron con entusiasmo: «¡Dios salve al rey Jorge!»  
Siguió después la ceremonia religiosa: entonaronse letanías, cantóse un credo y el rey, dirigiéndose al altar, prestó el juramento sobre la Sagrada Biblia, firmó el acta de juramento y fué solemnemente ungido.

En seguida efectuóse la coronación. Cefida la espada del Estado, puesta sobre sus hombros la túnica simbólica de rectitud, nobleza y lealtad, y llevando en la mano izquierda el globo y en la diestra el anillo y el cetro, sentóse en el trono. El arzobispo pronunció una oración y tomando la corona real, púsola sobre la frente de S. M. Sonaron entonces clarines y trompetas, toda la concurrencia prorrumpió en atronadoras aclamaciones y los castillos y buques de guerra hicieron salvas de artillería.

Inmediatamente comenzó la ceremonia del homenaje, que inició el príncipe de Gales, y que consiste en prestar juramento de fidelidad al rey, y después procedióse á la coronación de la reina, que, una vez coronada, pasó á ocupar el trono al lado de su augusto esposo.

Concluido el oficio religioso, se cantó un *Te Deum*, después del cual Sus Majestades se retiraron del templo y regresaron al palacio de Buckingham.

Lo mismo á la ida que al regreso, los soberanos fueron incesantemente aclamados con delirante entusiasmo. Al llegar á palacio hubieron de ascarse á uno de los balcones, siendo objeto entonces de una ovación indescriptible. — R.



La reina María á la salida de la abadía de Westminster después de la ceremonia de la coronación. (De fotografía de C. Trampus)



La muchedumbre esperando que SS. MM. se asomen al balcón del palacio de Buckingham. (De fotografía de L. N. A. Photo.)



El Tiziano (1477-1576)

«EL HOMBRE DEL GORRO ENCARNADO,»

SEGÚN ALGUNOS, LORENZO DE MÉDICIS,

OBRA ATRIBUÍDA POR UNOS AL TIZIANO Y POR OTROS AL GIORGIONE

Sea del Tiziano, sea del Giorgione, este cuadro es una pintura admirable. En 1876 fué vendido por 2.275 pesetas; catorce años después, lo adquirió el conocido *amateur* dublinés sir Hugh Lane por 52.000; y éste recientemente lo ha vendido por 750.000. Las dimensiones de este precioso lienzo son 77 centímetros de alto por 67 de ancho.



El Giorgione (1478-1511)



Reproducción autorizada por la casa Hanfstaengel, de Pall Mall East, Londres



La muerte de Isolda, cuadro de R. de Egusquiza. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes.)



La hija pródiga, cuadro de Carlos Vázquez. (Sociedad de los Artistas Franceses)

(Reproducciones autorizadas por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

LA PRINCESA CLOTILDE DE SABOYA

En el castillo de Moncalieri, en donde vivía retirada desde hacía muchos años, ha fallecido la princesa Clotilde de Saboya, hija de Víctor Manuel II. Había nacido en 2 de marzo de 1843 y en 30 de enero de 1859 habíase casado con el príncipe Jerónimo Napoleón, primo del emperador Napoleón III, á quien conoció cuando la campaña de los franceses en Italia contra los austriacos. Después de su matrimonio, vivió en Francia, siendo una de las figuras preeminentes de la corte de las Tullerías durante el Segundo Imperio. Caído éste, retiróse á su castillo de Moncalieri; allí ha vivido por espacio de muchos años enteramente consagrada á obras de caridad; allí ha muerto rodeada de sus hijos los príncipes Víctor y Luis y la princesa María Leticia, de su hermana la reina María Pía de Portugal y de su cuñada la reina Margarita.



La princesa Clotilde de Saboya, fallecida en el castillo de Moncalieri (Italia) el día 25 de junio último. (De fotografía de Carlos Trampus.)

A pesar de haber nacido y vivido junto á las gradas de dos tronos, pocas augustas damas han sido menos amantes de los honores reales, más contrarias á todas las pompas del mundo, que la princesa Clotilde. En cambio fué la primera siempre

BARCELONA

MONUMENTO Á LOS MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA

El día 22 del mes pasado inauguróse el monumento que la piedad barcelonesa ha erigido en la capilla de San Gabriel, de



Barcelona.—Solistas Sres. Lopes (violoncelo), Bouvier (violín), Lanes (piano) (primeros premios del Conservatorio de París) y Taillardat (tenor) de la banda militar francesa del regimiento 57 de infantería, que dirige el Sr. Barnier y que ha dado varios conciertos en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía de nuestro repórter A. Merletti.)

los claustros de la catedral, para guardar los restos de los ocho mártires que en 1809 fueron ajusticiados en la Ciudadela por haber intentado libertar á la patria del yugo napoleónico: Gallifa, Aubet, Massana, Lastortras, Mas, Portet, Pou y Navarro.

Asistieron al acto, además de la comisión organizadora, todas las autoridades, representantes de corporaciones, de sociedades, de las órdenes religiosas y numerosos somatenes con sus banderas.

El Ilmo. Sr. obispo Dr. Laguarda dijo la misa y terminada ésta ocupó un sillón situado en las gradas del altar, junto al cual daban guardia de honor los mozos de la Escuadra, y el canónigo Dr. Gasia, presidente de la comisión erectora, hizo entrega del monumento al cabildo en la persona del prelado y después de dar las gracias á cuantos han cooperado á la obra, particularmente al arquitecto Sr. Font, á la Academia de Bellas Artes y á las autoridades, enalteció la memoria de los héroes que dieron su vida por la religión y por la patria, hizo observar la hermosa significación del consorcio del ejército con las instituciones amantes del orden social y recomendó que el monumento quede como símbolo que todos los barceloneses visiten con frecuencia para que fortalezcan su espíritu aprendiendo de aquellos mártires á defender la religión, la patria, la justicia, la libertad, el orden y la paz.

El Dr. Laguarda felicitó al Dr. Gasia y á la comisión organizadora del homenaje, entonó un sentido himno á la religión y á la patria, explicó el culto que la Iglesia rinde al patriotismo, calificando de santo el de los mártires de la Independencia, recordó las glorias del Bruch y de Bailén, de Zaragoza y de Gerona, señaló el carácter democrático de aquella épica lucha, en la que fué el pueblo quien se alzó vigoroso contra

El conmovedor discurso del Dr. Laguarda fué aplaudido con indecible entusiasmo, como lo había sido el hermoso parlamento del Dr. Gasia.

Concluida la ceremonia, los somatenes desfilaron en secciones por delante de la capilla.

BARCELONA.—LA BANDA MILITAR FRANCESA

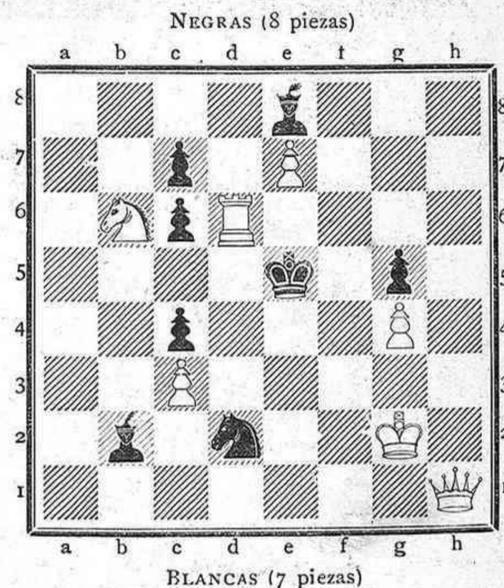
Ha permanecido unos días en esta ciudad la famosa banda del 57 regimiento de infantería francesa que está de guarnición en Burdeos y que es considerada como la mejor de las bandas militares de Francia.

Hállase al frente de ella, desde hace veintitrés años, el notable maestro compositor Teodoro Barnier, autor de numerosas piezas de música para banda militar, entre ellas más de ciento cincuenta composiciones de obras de grandes músicos que ha orquestado para todos los instrumentos que están en uso en los diferentes ejércitos.

El éxito obtenido en Barcelona por la banda ha sido enorme; los conciertos que ha dado en el Palacio de Bellas Artes y en el Ayuntamiento han constituido verdaderas solemnidades musicales, así por lo selecto de los programas como por la interpretación perfecta que les han dado, bajo la excelente dirección del Sr. Barnier, los ejecutantes, á quienes el público ha tributado las más entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 562, POR L. VETESNIK



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 561, POR L. VETESNIK

- |                       |                      |
|-----------------------|----------------------|
| <b>Blancas</b>        | <b>Negras</b>        |
| 1. Dh1-f1             | 1. Rb5-c6            |
| 2. Df1-f4             | 2. Td7xd5 ú otra.    |
| 3. Df4-a4 ó c4 mate.  |                      |
| 1. . . . .            | 1. Td7xd5            |
| 2. Df1xe2 jaque       | 2. Rb5-c6 ó T cubre. |
| 3. De2-e8 ó xd3 mate. |                      |
| 1. . . . .            | 1. Td7-c7            |
| 2. Df1xe2 jaque       | 2. Tc7-c4 ó R juega. |
| 3. Cd5-c7 ó f6 mate.  |                      |

VARIANTES.

1. . . . e2xf1 2. Ag2xf1 jaque, etc.  
 1. Td7-e7 2. Cc8xe7 etc.  
 1. Otra jug. 2. Df1xe2 jaq. ó Cc8-a7 jaq., etc.



Barcelona.—Inauguración del monumento erigido á los mártires de la Independencia en la capilla de San Gabriel de los claustros de la Catedral. (De fotografía de nuestro repórter A. Merletti.)

en socorrer las miserias y en enjugar las lágrimas, realizando el bien en todas sus formas y siendo una verdadera madre para todos los desvalidos, que nunca imploraron en vano su bondad inagotable.

los invasores, hizo ver cómo pertenecían á la clase popular los héroes á quienes en aquel momento se glorificaba y pidió para la memoria de éstos el amor, la veneración y las oraciones de todos los barceloneses.

# JUSTICIA HUMANA (LE GLAIVE ET LE BANDEAU)

NOVELA ORIGINAL DE EDUARDO ROD.—ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

—No, señora, puesto que nuestra sentencia depende del veredicto de los jurados.  
—¡Y son á menudo tan indulgentes!., añadió el barón Choffart.

no las conceda al azar, por precaución, como ha hecho algunas veces. Esos veredictos son deplorables; su sola incoherencia bastaría para comprometer la institución.

Explicó el mecanismo del recurso de casación: la completa ignorancia de la extranjera y su asombro, ante aquellas cosas terribles que les parecían tan sencillas, divirtieron á todos.



Julia se puso á releerlas una por una, olvidándose de las horas..

Perrón dijo galantemente:  
—Sobre todo cuando se trata de mujeres guapas: entonces son crímenes pasionales, y absuelven siempre...  
—¿Es posible, entonces, que absuelvan á ese Lermantes?  
—¡Ah!, no veo nada de pasional en su causa, á pesar de las bonitas facturas que el señor presidente nos ha detallado tan bien.  
—O la única pasión en juego sería la del dinero, dijo Motiers de Fraise. Ésa, aunque bastante común, no produce muy buena impresión.  
—Se la considera más bien como una circunstancia agravante, añadió Nudrit.  
La baronesa miró á los tres magistrados con espantados ojos. Eran unos ojos magníficos, del color del mar, profundos como el mar mismo, ojos atractivos, tiernos, apasionados, elocuentes, que, de pronto, se llenaron de compasión y de súplicas.  
—Sin embargo, no van ustedes á hacer que le corten la cabeza!, exclamó juntando las manos.  
Un silencio amenazador le contestó: la inminencia de una sentencia capital emociona hasta á quienes la costumbre ha estragado, á aquellos cuyas funciones los revisten de una especie de impersonalidad y los obligan á ser impasibles. El maestresala derramó algunas gotas de Château-Iquem al lado de la copa de Treib. La señora de Motiers, persona modesta, que hablaba poco, dió un suspiro. Nudrit jugaba con su cuchillo: en pro de la alegría de su banquete, deseaba que la conversación tomase otro giro.  
—¡Señora!, contestó Motiers de Fraise, me parece difícil que el jurado deseche la premeditación; en cuanto á las circunstancias atenuantes, no veo dónde iría á buscarlas. A menos que, teniendo alguna duda,

—¡Pero ante todo, caballero, no hay que condenarle á muerte!, exclamó la baronesa... ¡Ante todo!. Nunca se tendrá la seguridad de que sea culpable: nadie puede leer en su corazón... ¡Además, es muy simpático!..  
—Los asesinos muy simpáticos son una de las variedades de la especie, replicó Treib.  
—La más peligrosa, añadió Choffart.  
Como aquellos hombres le pareciesen insensibles ó poco inclinados á tomar en serio su compasión, la baronesa se volvió hacia la señora de Nudrit:  
—¡Señora, usted que es tan buena, diga á su marido que no hay que condenarle á muerte!. ¡Sería demasiado horrible!. Sería para mí como una pesadilla; sentiría mucho haber ido á ver eso...  
—Eso no depende de mi marido, contestó la vieja con una plácida sonrisa. Afortunadamente, porque yo no dormiría tranquila.  
—Pero puesto que pronuncia la sentencia con estos caballeros... Puesto que son jueces...  
—¡Por encima de los jueces, está la ley!, repuso el Sr. Motiers de Fraise. Nosotros la aplicamos: ella es la que nos dicta nuestra sentencia. ¡Nosotros no somos nada!..  
—¿Ni siquiera usted, caballero, con su toga encarnada, su armiño, esa cruz que ostenta sobre su pecho?..  
—¡Ni siquiera yo, señora!..  
—¿Entonces, si aquellos hombres mal vestidos contestan que Lermantes es culpable?..  
—Con premeditación, señora. Nuestras leyes son muy humanas: no pronuncian la pena capital sino cuando el crimen ha sido calculado.  
—¿Le guillotinarían?... ¿En seguida?..  
—¡Oh no, dijo Perrón, no se corre tanto!

—¿Y... después?..  
—Quédale al condenado la última esperanza: el derecho de indulto del presidente de la República.  
—¡Que abusa de él singularmente!, dijo el barón Choffart. ¡En Inglaterra, el monarca lo piensa bien antes de hacer uso de su prerrogativa!  
—Los ingleses son menos humanos que nosotros, replicó Treib.  
—¡Más viriles!, dijo Motiers de Fraise.  
Servían el asado: un filete de vaca, algo reseco á causa de la baronesa. Ésta rehusó con un gesto, y volvió á la carga:  
—¿Si le condenan, será á causa de ese mal hombre, que afirma que le vió apuntar, y que él vió al general en el claro, y todo lo demás?  
—El caso es, empezó Perrón, que sin ese testigo, no veo...  
—¡Oh, qué antipático es ése!.. ¡Qué cara de mala persona!. ¡Qué aires de hipócrita!.. Estoy segura de que miente... Tengo esa intuición... ¿No la tiene usted también, señora?  
La pregunta iba dirigida á la señora de Motiers, que trinchaba su pedazo de filete, sin probarlo. Antes de contestar, consultó con la mirada á su marido.  
—¿Por qué había de mentir?.. Eso sería demasiado horrible; y, además, no habría en ello interés alguno.  
—¡Oh, señora, hay hombres capaces de todo, porque la maldad anida en ellos!.. Sí, sí, hay hombres que hacen el mal por gusto. ¡He conocido algunos, señora, he conocido algunos de esa calaña!..  
Y añadió mirando á Motiers de Fraise:  
—Usted que hace las preguntas, ¡con qué facilidad podría mostrar que miente!..  
—Sería preciso, para eso, que se contradijera; y, desde que se rectificó, no ha variado. O tendría que

ser sospechoso de odio contra Lermantes: y no hay tal cosa... El mismo Lermantes no alega nada de eso, y sus vagas insinuaciones son muy enojosas... Cuando digo: tendrías que ser, quiero decir: tendrías que haber sido; porque ya mi papel casi ha terminado. De lo cual, crea usted que me alegro.

—¿Entonces, mañana, no hará usted ya más preguntas? ¿Y se juzgará?..

—Así lo creo. Oirá usted, desde luego, la petición fiscal del Sr. Rutor. Será severo; el Sr. Rutor es siempre severo, y habla muy bien. En cuanto al abogado Brevine, es un magnífico jurisconsulto, un hábil defensor; pero dudo que esta vez triunfe. ¿Qué quiere usted? El talento nada puede contra la evidencia... No por eso dejará usted de oír una hermosa defensa: Brevine no ahorra esfuerzo ninguno, y mañana se excederá a sí mismo.

La baronesa se volvió hacia Perrón, cuya admiración algo indiscreta adivinaba, y con mucha dulzura en la mirada y una súplica en la voz, le preguntó:

—¿Entonces, nadie puede ya hacer nada por él?..

Perrón contestó, con el tenedor en el aire:

—Nadie, señora. Lermantes pertenece a la justicia, ésta sigue su curso como una fuerza de la naturaleza.

—¿Entonces, vamos a ver!, ¿qué son ustedes?... ¿instrumentos?..

—¡Aparatos registradores!, dijo Nudrit. La ley pronuncia y nosotros transcribimos.

—¿Y si ese desdichado no quiso matar al general, que era su padre?... ¿Y si es inocente?... ¿Y si se viene a saber después?... ¿No tendrían ustedes remordimientos?

—Si tal cosa sucediera, dijo Motiers de Fraisse, nos afligiría mucho, naturalmente. Pero remordimientos, ¿por qué habíamos de tenerlos? Cuando uno cumple con su deber, en conciencia, no los tiene nunca.

La conversación tomó otro sesgo. Sin embargo, después de la comida, la baronesa la reanudó con Perrón, que se mostraba muy atento con ella; el joven magistrado le prometió apoyar la solución menos rigurosa, si el veredicto del jurado lo permitía. Como su cerebro ligero había comprendido mal las explicaciones del mecanismo judicial, ó ya las olvidaba, le agradeció su generosidad, sin sospechar que él no se comprometía a gran cosa.

## XVII

En tanto que la pequeña alma frívola y gentil de la baronesa Khârv revoloteaba en torno del drama, el mismo tema alimentaba la conversación de la comida de madama de Lusenev, en su flamante hotel de la calle de Alfonso de Neuville. Como un matrimonio se había visto privado de asistir, á última hora, los comensales no eran más que diez: la señorita Felicia, que comía sin decir una palabra, con aires inquietos de ratoncito enjaulado; Lavenne, reservado, hablando poco, pero sabiendo hacerse escuchar; madama Languard, acompañada esta vez de su marido, —un hombre seco, encorvado de espaldas, de cabeza pequeña, con patillas, y gafas de oro;— el periodista Pepinet; calvo, con hermosa barba y ojos maliciosos, dándosele de hombre de ingenio, se veía obligado, como tal, á hacer frases, que lanzaba torciendo la boca y siguiéndolas con un divertido gesto de la mano, como si soltase un pájaro; los Badile y los Breil: Badile, de brillante conversación, aunque desigual, había tenido la suerte de ser elegido como jefe de gabinete por un ministro de Gracia y Justicia; de donde le venía su cátedra en la Facultad de Derecho, y numerosas misiones en congresos y conferencias, donde su talento, su verbosidad y su gracejo le valían éxitos mundanos que asombraban á su mujer. En cuanto á Leopoldo Breil, historiador y periodista, era uno de esos intelectuales llenos de intenciones generosas, enamorados de la reconciliación de las clases, que predicaban en aquel momento el evangelio de la solidaridad, se prodigaban en las universidades populares y soñaban con hacer en ellas, á fuerza de palabras, la educación de los obreros; su señora, alta, de perfil caballero, muy activa, muy ambiciosa, le secundaba ruidosamente, se jactaba de ello, hacía ostentación de un amor y de una abnegación infatigables para con la humanidad doliente, y no hablaba más que de *obrar*, de *ser útil*, de preparar la *ascensión humana*.

Los convidados llegaron unos tras otros con retrasos muy decentes. Acostumbrada á esta forma nueva de la cortesía, la señora de Lusenev tomaba sus medidas: invitaba para las siete y media, como en los antiguos buenos tiempos, y su cocinero no tenía preparada la comida hasta las ocho y cuarto; única manera de servir los asados á punto, asados cuya sucuencia era legendaria. En el salón, hablóse, desde

luego, de mil cosas: de una fiesta en la Embajada de Inglaterra, que Badile criticó en detalle; de la Yavorskaia, la gran actriz rusa que trabajaba en el Teatro Antoine; de una venta de caridad, á que todo París acababa de acudir, y tan brillante que los gastos superaban á los ingresos; de los escándalos del día. Al entrar en el comedor, los convidados se extasiaron ante el adorno de la mesa: una mezcla de hortensias y otras flores preciosas que formaban, dijo Pepinet, «una magnífica salsa de colores». La sopa esperaba en los platos: la señora de Lusenev simplificaba el servicio, de modo que estorbaba lo menos posible para la conversación. Hizo observar á Pepinet que era *oxtail*, y añadió:

—... Para satisfacer su anglomanía... A propósito, ¿irá usted á Londres para el coronamiento?

Pepinet no lo sabía aún: dependía de su periódico; y gastó algunas bromas sobre la corte de Inglaterra. Estuvieron á punto de hablar de política, haciendo el horóscopo del nuevo reinado. De pronto, Breil preguntó á la señora de Lusenev:

—¿No estaba usted en Versalles, hoy?..

—De allí acabo de llegar...

—¿Denos pues su impresión!.. No seguimos los debates sino á través de los periódicos, así es que no vemos muy claro.

Breil hablaba siempre en plural, porque sobrentendía: «mi mujer y yo;» cuando, por casualidad, se le escapaba el decir *yo* en vez de *nosotros*, su esposa se ponía encendida como una amapola y le dirigía una mirada fulminante. La señora de Lusenev, que se había encariñado con su idea de la víspera, exclamó:

—¿Edipo, amigo mío!.. Un verdadero Edipo, ¿verdad, Lavenne?

—Menos el incesto, contestó éste.

—Pero no *Edipo rey*, replicó Pepinet: Edipo ingeniero, Edipo emprendedor de negocios, Edipo electricista, hierros y metales, todo lo que se quiera.

—... ¿Un vulgar especulador, verdad?, interrogó madama Breil.

—Sin embargo, ha hecho algo mejor que adivinar charadas, replicó Badile; lanzaba empresas cuyas acciones subían y subían...

—Como las ranitas verdes por las escaleras en los acuarios, insinuó Pepinet.

—¿Qué va á quedar de todo eso?, preguntó Breil.

—¡Eh!, contestó Pepinet atacando su filete de lenguado Mornay, si le absuelven, las ranitas empezarán otra vez á subir, y subir, y subir...

—¡Hum!, dijo Languard, su absolución me parece problemática... Brevine ha asumido una ruda tarea: su cliente tiene todas las trazas de un tuno redomado...

—¿Se conoce que no estaba usted allí!, protestó Lavenne, Lermantes no produce mala impresión, ni mucho menos. Se defiende con mucha sencillez. Su situación es verdaderamente terrible, y no sé cómo acabará eso; pero no me extrañaría que fuese inocente.

—¿Una víctima, entonces? sugirió Breil, escéptico.

—Quizá.

—¿Víctima de quién?... ¿de qué?..

—¿De la fatalidad!, propuso la señora de Lusenev. Varios comensales exclamaron: ¡La fatalidad!.. ¿Qué es eso de fatalidad?... ¿Quién cree todavía en la fatalidad?... ¿Quién ha visto á la fatalidad?..

—La fatalidad, es la justicia que se equivoca, dijo Badile. Es cosa que puede suceder.

Languard protestó: no informaba más que en lo civil; para él, el error judicial es muy raro, casi imposible.

—Como es casi imposible que á uno le entierren vivo, lanzó Pepinet. Sin embargo...

La señora de Lusenev le cortó la palabra, gritando:

—¿Quiere usted callarse!.. ¡En la mesa, no se evocan semejantes ideas!..

Y volvió á *Edipo*. Un punto la había inquietado siempre, en esta obra maestra: ¿cómo podía Edipo sufrir tan espantosos remordimientos, condenarse y ejecutarse á sí mismo de un modo tan bárbaro, siendo así que su voluntad no tenía nada que ver con sus crímenes y que había sido precipitado en los lazos del destino por sus mismos esfuerzos para evitarlos?..

Y la buena señora, contenta de haber encontrado un tema de discusión que cándidamente creía nuevo, se dió un aire de triunfo enderezando la piocha de brillantes de su tocado.

—He ahí un enigma que la esfinge no pensó en proponer, chocaró Pepinet.

Badile sugería ya una explicación:

—Aunque sutiles, los griegos eran menos complicados que nosotros. Un homicidio era un homicidio, un incesto un incesto, y se acabó. La intención en nada alteraba el hecho: Edipo había sido parricida é incestuoso; por eso la cólera celeste, justamente en-

cendida, se encarnizaba contra su pueblo. Cuando se le apareció la verdad, se estremeció de horror, y ni un momento pensó en alegar la irresponsabilidad, como hoy diríamos. El hecho estaba allí; ¿qué más hacía falta? La excusa de la intención es un refinamiento...

—Una complicación, corrigió Pepinet.

—Hay, sin embargo, una pequeña diferencia, observó Breil, levantando el dedo á la altura de su ojo para imponer la atención: si Edipo hubiese cometido á sabiendas sus crímenes, no hubiera inspirado más que horror, y Sófocles no hubiera podido elegirlo para héroe de su tragedia, mientras que mueve á compasión. No es un malvado, es una víctima del infortunio. Nadie piensa en castigarlo, sino que se le compadece; él mismo se convierte en su propio verdugo.

—Todos le compadecen, en efecto, pero le abandonan, dijo la señora de Languard.

—Pues bien, replicó Lavenne, durante aquella terrible escena en que la vieja criada divulgaba su secreto, ¿nos preguntamos si Lermantes había tenido ó no intenciones criminales? ¡Ni un momento!.. Nos estremecemos de piedad, simplemente; tuvimos miedo de lo desconocido y trágico de su vida... Por lo que á mí toca, creo que le hubiera compadecido aunque le hubiese creído culpable.

El rostro de madama Breil se contrajo en una expresión severa: la mujer del periodista condenaba ese sentimentalismo indulgente y escéptico, que reserva su compasión únicamente para aquellos á quienes persiguen inmerecidas desgracias. Languard le impidió exponer este punto de vista, diciendo:

—Supongamos que Lermantes haya matado al general voluntariamente, pero sin conocer sus verdaderas relaciones con él: no se creía más que asesino, y se descubre parricida. En seguida, el remordimiento, despertado ya por la proximidad del castigo, aumenta y le causa tormento; su crimen le parece cien veces más abominable; comprende todo su horror y...

—La sorpresa es, en efecto, desagradable, interrumpió gravemente Pepinet.

—Podía evitarla no asesinando á nadie, repuso la señora de Breil.

—Como Edipo, añadió Lavenne. Observen ustedes, en efecto, que Edipo no es del todo inocente. Se ha portado brutalmente con el pobre Layo: le ha matado por una bagatela, abusando de su vigorosa juventud. Si se hubiese apartado simplemente al borde del camino, como habríamos hecho usted y yo ante un automóvil, en vez de arrojarlo ferozmente contra él, no le hubiera matado; por consiguiente, no hubiera sido después parricida, ni hijo incestuoso, puesto que Layo, aunque culpable de excesiva velocidad, hubiera seguido siendo el afortunado esposo de Yocasta.

—Es verdad, aprobó Breil. Aun admitiendo que Lermantes no tuvo intención homicida, y que sólo la casualidad dirigió su bala, resulta que es hombre de vida fácil, de moralidad mediana, no peor que muchos otros, lo admito, pero no mejor; en suma, bastante corrompido para parecer capaz de todo. Esta es, al menos, la impresión que de él tengo á través de las reseñas del proceso. ¿Es justa, Lavenne?

—Casi.

—Pues si no es culpable, podría serlo: irreprochable en su vida privada y en su vida de negocios, nunca hubiera inspirado sospechas.

Lavenne, que le veía venir, exclamó:

—¡Irreprochable!.. ¿Conoce alguno que sea irreprochable?... ¿Lo es usted?... ¿Lo soy yo?... Todos vivimos con poca diferencia de la misma manera: ni muy bien, ni demasiado mal, con buenas intenciones, flaquezas, compromisos...

—Se vive como se puede, pronunció Badile.

—¿Pues sí! Supongamos que cogen á uno de nosotros, y que le acusan de un crimen diciéndole: «Ha llevado usted una existencia endemoniada, ha tenido usted trapicheos, ha gastado usted demasiado dinero con las mujeres, ha jugado usted en las carreras de caballos ó al bacará...»

La señora de Breil protestó:

—¡Mi marido no juega nunca!..

—Pues bien, le exceptúo de la hipótesis... Por consiguiente, uno reúne todos los pecados que ha podido cometer un mísero mortal—que no sea nuestro amigo Breil, por supuesto,—y le dicen: «Usted ha hecho eso, aquello y lo de más allá; por consiguiente, usted asesinó á ese anciano ó desbalijó á esa damisela...» ¿Qué diablo quieren ustedes que conteste?

—¡Pardiez, exclamó Badile, estaríamos perdidos!

Dirigió una mirada á su mujer, que no se inmutó: conocía, en globo, las «historias» de su marido; pero fingía ignorarlo todo, y permanecía tranquila, con sus

ojos claros, sus carnes que se pasaban de maduras y su alma dormida.

—Nadie es perfecto, es verdad, dijo Breil. Pero ese Lermantes, perfectamente, se excedía.

—¿Le parece á usted?, dijo la señora de Lusenev. Lavenne, sin pararse en las interrupciones, prosiguió:

—He ahí dónde aparece el papel de la fatalidad, de la sombría fatalidad... Suponemos á Lermantes inocente, ¿no es cierto?... Si es culpable, su caso no nos ofrece interés. Pues bien, la fatalidad es que se me ofrece accidente le pasa á un hombre como él, demasiado mal protegido por una coraza abollada y rota. Una combinación de circunstancias y casualidades, una sorda conspiración contra nosotros de nuestros actos con lo eventual: ¡he ahí la fatalidad!

—A menos que no sea la justicia, insinuó la señora de Breil, muy seria, con los ojos vagos.

Badile, que saboreaba excelentes trufas con crema, tuvo un sobresalto:

—¡Es usted terrible!, exclamó. ¡Tiene usted un alma de verdugo! ¡Cómo! ¡No hay más que un accidente, un simple accidente, y la justicia quisiera que el autor fuese castigado como si hubiese cometido un crimen!.. En nombre del cielo, ¿de qué justicia se trata?..

La señora de Breil, que quizá no sabía muy bien lo que quería decir, invocó con la mirada el apoyo de su marido, que acudió al quite:

—No de la justicia habitual, tal como la vemos funcionar normalmente, según las prescripciones del código de enjuiciamiento; sino de esa justicia misteriosa, quizá divina, cuyos todos ignoramos, y cuyos fallos nos llenan de estupor.

—¡Explíquese usted!, dijo la señora de Lusenev, reprimiendo con el gesto las protestas prontas á estallar.

—... De esa justicia que los antiguos llamaban Némesis, que no es una concepción abstracta como la nuestra, sino que es una especie de fuerza natural, incalculable, cruel, brutal... Se pasea por el mundo, á paso lento, con los ojos vendados...

—Yo siempre creí que nuestra Temis, la que lleva una venda ante los ojos, chocaré Badile.

—¡No importa!, exclamó Breil, con arrebatado. En torno de ella se acumulan las maldades y los crímenes. Ella sigue su camino sin ver nada... El día menos pensado deja caer la venda y hiera...

—¡A tontas y á locas!, interrumpió de nuevo Badile. ¡Esa justicia de que usted habla, es monstruosa, amigo mío!

—¡Hierá á los que pasan al alcance de su espada, continuó Breil; si no son los más culpables, peor para ellos!.. Sus golpes son quizá desproporcionados, pero nunca son del todo inmerecidos... No comprendemos, pero experimentamos su terror saludable. Luego, después de haberse manifestado de ese modo, después de habernos recordado que existe, se vuelve á poner la venda, y prosigue su camino. Y tras ella vuelve á empezar la farándula...

—¡Esa justicia es la más espantosa de las iniquidades!, exclamó Lavenne.

—Si yo la encontrase, procuraría estrangularla, dijo Pepinet.

Y Languard:

—Prefiero á nuestra pobre Temis, de quien tanto mal se dice. No es perfecta ni infalible, pero al menos procura ver claro.

Las interrupciones se cruzaban; todos protestaban con creciente calor; la voz aguda de la señora de Lusenev dominó el tumulto:

—¡No griten todos á la vez!.. ¡Dejen ustedes que Breil se explique! ¡Es muy interesante Breil, esta noche!

Madama Breil era la única que aprobaba á su marido, y lo hacía con todo su ser apasionado. Le alentaba con la mirada, le estimulaba, como una amazona excita un caballo algo flojo.

El continuó:

—No, no, esa justicia no es monstruosa; no es más que inexplicable. Sus razones profundas nos escapan, porque nuestras miradas son limitadas. Para comprenderla, sería necesario conocer demasiadas cosas; sería necesario conocer todo el encadenamiento de los efectos y de las causas...

Las protestas volvieron á empezar; Breil concluyó, sin embargo:

—Pero tengan ustedes la seguridad de que sus fallos son siempre fundados... Tenemos á veces como una sorda presencia de sus leyes... Comprendemos que sus golpes no caen al azar...

—Sin embargo, dijo Languard, y si aquel á quien hiera, aunque sea el último de los miserables, es inocente del crimen por el cual se le castiga?... ¡Eso sólo bastaría para hacerla sospechosa..., sospechosa y odiosa!

Badile empezó:

—Hace doscientos años que procuramos ilustrar á la justicia, suavizarla, hacerla más humana...

—La justicia, suavizarla, interperio, Breil. Es preciso que no lo sea: es un misterio, un juego de equilibrio cuya regla secreta no comprendemos.

—Amigo mío, dijo Lavenne, razona usted como el adivino Tiresias. ¡Es imposible seguirle á usted!.. ¡Diríase que está usted encaramado sobre el trípode de Apolo!.. La justicia, para nosotros, es una distribución de penas proporcional á las faltas cometidas. Que esta noción sea discutible, lo reconozco; porque somos incapaces de medir la gravedad de la falta, y dosificamos el castigo. Además, supone que la responsabilidad es un hecho real, y sabemos muy bien que no es más que una ficción, una de las numerosas ficciones que nos ayudan á vivir... Los malhechores, que tratamos como tales, son ante todo enfermos...

—¡Bah!, ¡bah!, ¡bah!, ladró Pepinet. Eso ya no es una balanza, sino un columpio...

Esta interrupción excitó á Lavenne, que se puso á defender las teorías de los criminalistas más avanzados; y la conversación se desvió sobre esta cuestión general. Ya nadie se acordaba de Lermantes: su anécdota desaparecía detrás del vasto problema insoluble, angustioso, que se acababa de suscitar. Lavenne lo consideraba como psicólogo, Languard como jurista, Breil como metafísico, Badile como escéptico indulgente, Pepinet como hombre práctico, que quiere ser protegido por las leyes. Levantaban la voz, se lanzaban mutuamente las palabras abstractas: equidad, justicia, seguridad social, orden público: se acaloraban sin adularse de la mesa, aquella ebullición se calmó; una broma de Pepinet acabó de abatirla, y la señora de Lusenev volvió á pensar en Lermantes.

—Si estuviese aquí, el pobre diablo, ¿qué diría de todo esto?

La hipótesis hizo tomar otro giro á la conversación.

—El caso es que Lermantes debe poseer luces especiales sobre la justicia, dijo Pepinet; pero me temo que no las pueda aportar nunca.

—Vamos á ver ¿le convidará usted si es absuelto?, preguntó Badile.

—Amigo, contestó la señora de Lusenev, hace dos años que no ha vuelto... Habría que trabar conocimiento de nuevo... Es posible, después de todo, si nos encontramos en casa de amigos de uno...

Y se echó á reír, con una buena sonrisa franca y alegre, que le sacudía todo el cuerpo.

## XVIII

La señora de Entraque no había vuelto á ver á Lermantes desde la víspera de su arresto.

Aquel día, había venido á la caída de la tarde, á la hora en que ella le esperaba siempre en su saloncito familiar, en que los cortinajes, la tela de los muebles y los almohadones se armonizaban delicadamente en los tonos azules. La visita fué corta. Dijo que no volvería en algunos días, porque se sentía vigilado y comprometedor. Cuando se levantó para marcharse, ella quiso atraerlo hacia sí; pero él se desprendió suavemente: cualquiera emoción tierna hubiese quebrantado su voluntad, que él crispaba para ser dueño de sí mismo.

—¡Quizá van á prenderme, dijo; pero aunque esto sucediera, no se deje usted abatir! ¡Esté usted tranquila, consérvese su confianza! Nunca probarán otra cosa sino que se trata de una desgracia, porque esta es la verdad; pero la bajeza de los enemigos y de los envidiosos tendrá su triunfo momentáneo... ¡Imagínese usted el *alah* que va á lanzar el odio! ¡Que al menos sepa yo está usted en seguridad, fuera de esa refriega! He quemado todas las cartas de usted, hasta el billete más insignificante. ¡Haga usted lo mismo con las mías!.. ¡Sin demora, se lo suplico!.. ¡Más bien esta noche que mañana!

Ella prometió hacerlo. Lermantes exigió que también le prometiese no revelar nada de sus amores, sucediera lo que sucediese. Ella objetó que no podría abandonarlo en su desgracia; pero él le suplicó que obrase como si nunca le hubiese amado:

—Mi supremo consuelo será el saber que mi catástrofe no la arrastrará á usted.

Como ella se resistía aún, Lermantes logró persuadirla de que cuanto hiciese por él redundaría en perjuicio de él mismo, y que, perdiéndose ella, acabaría de perderlo. Entonces, la mujer cedió, y su amigo partió con su promesa. Más tarde recordó que, en el momento en que la puerta de la calle se cerraba tras él, había oído dar las seis en un reloj vecino.

Su marido no vino á comer, de lo cual dedujo ella que se retiraría tarde, como solía hacerlo cuando pasaba la velada fuera, y quiso aprovechar su soledad para cumplir su promesa. Su correspondencia llena-

ba el único cajón de una pequeña papelería, que vació sobre un velador, delante de la chimenea. Formaba un fajo bastante grueso. Lermantes escribía sus cartas sin pretensiones; su letra grande llenaba pronto páginas y más páginas de su grueso papel azulado, y si la mayor parte de sus cartas, borrajeadas de prisa con un objeto preciso, eran breves, las había más largas, escritas con calma en el salón de un *steamer* ó de un *pullmann*, en el *hall* de un hotel ó de un club de Río Janeiro ó de Montevideo. Estas eran de un tono más íntimo, vibrantes de la ternura cuyos efluvios traían de tan lejos. Julia se puso á releerlas una por una, olvidándose de las horas; aquellas cartas resucitaban los arrobamientos y las angustias del pasado, las largas é inquietas esperas, la alegría febril de reconocer los sobres, la emoción de los momentos que precedían la dicha de volverse á ver, la desesperación de amontonar á las partidas. Las cenizas negras se amontonaron; el tiempo quedaba abolido; de vez en cuando, accesos de dolor le arrancaban sollozos; las angustias de la hora presente, el peligro suspendido sobre el hombre amado, oscuros peligros desconocidos que rugían sordamente en un fondo impenetrable, todo esto daba un acento solemne á la destrucción de aquellos azulados pliegos de papel. Julia los besaba, los rompía lentamente, como si su crujido aun le devolviese partículas de lo que ya no existía, y los arrojaba después al fuego en que se retorcián como tiras de carne aun viva. La oprimía un espantoso presentimiento: era su amor que moría en aquella nube de humo y de horror; el porvenir no reanudaría jamás el lazo roto; no volvería á venir jamás al hombre cuya mano había trazado aquellas líneas que la llama borraba ahora.

La puerta se abrió bruscamente: el Sr. de Entraque entró como un torbellino, con aire de excitación y de traer alguna noticia. Desde el umbral, empezó:

—No adivinaría usted lo que decían en casa de...

Detúvose en seco, sorprendido por aquel olor de papel quemado, estupefacto ante su mujer anegada en llanto, con el rostro trastornado.

—¿Qué hace usted aquí?... ¿Quema usted cartas?..

Alocada, quiso echar al fuego el resto del paquete: Entraque se abalanzó sobre ella; la cogió por un brazo, le hizo dar una vuelta enviándola á caer sobre un sillón, y todas las cartas restantes cayeron en sus manos. Al primer golpe de vista, había reconocido la letra de Lermantes. Leyó algunas frases en alta voz: frases de amor, cuyo sentido alteraba su voz ronca, y se volvió contra su mujer con los puños levantados. Pero éstos no cayeron: teniendo más hiel que sangre, reprimió su cólera; y permaneció en pie delante de ella, jadeante y cubierto el rostro de sudor.

—Usted y yo, dijo con voz que casi silbaba; arreglaremos nuestras cuentas más tarde... ¡Primerio él!

Recogió las cartas, las reunió, las recorrió y se las llevó, sin que ella hiciese un gesto para detenerlo.

Al día siguiente, los periódicos de la tarde anunciaron el arresto de Lermantes. Uno de ellos añadía:

«... Después de una nueva declaración del Sr. de Entraque, cuya lengua por fin se desató.»

Desde entonces, por fin se desató. Nada del desgraciado, nada más que lo que desfalleciendo leía en los periódicos, nada más que lo que oía repetir en torno de ella—¡peor suplicio!,—por esos habladores que pretenden estar en el secreto de todo y dicen al oído de todo el mundo las claves de todos los misterios. Había que ir y venir, mezclarse en la vida de la cual se hallaba él excluido, encontrarse con personas que la habían conocido, oír su nombre resonar en bocas indiferentes ó rencorosas, cubierto de oprobio y de sarcasmos, sin atreverse á pronunciar una palabra para defenderlo, ni invocar un apoyo, ni mendigar un consejo. Había que ver triunfar á todas horas al hombre glacial y correcto, cuyas raras palabras envenenadas caían sobre la herida como las gotas de un corrosivo que hace hervir la llaga. Había que seguirle, como una esclava encadenada, hacia el obscuro destino al cual la empujaba con una destreza brutal. Había que atormentarse el espíritu en suponer lo que pensaría su amigo de aquel silencio que le había impuesto sin prever de dónde vendría el cargo que le abrumaba. Diez veces estuvo á punto de correr á Versalles, preguntar por el juez de instrucción y cortar la tenebrosa intriga: detenía su juramento, y, más que su juramento, el terror que le había infiltrado Lermantes de agravar el peligro mezclando en el asunto su ignorancia de mujer, y quizá una obstinada vislumbre de esperanza, ó el temor de contrariar con una torpeza el concurso de lo imprevisible que se descuenta hasta el fin. ¿Una palabra, un gesto imprudente de Entraque no podían derrumbar el andamiaje monstruoso? ¿ó como un castillo de arena, no se desmoronaría antes de llegar al remate, bajo su propio peso?

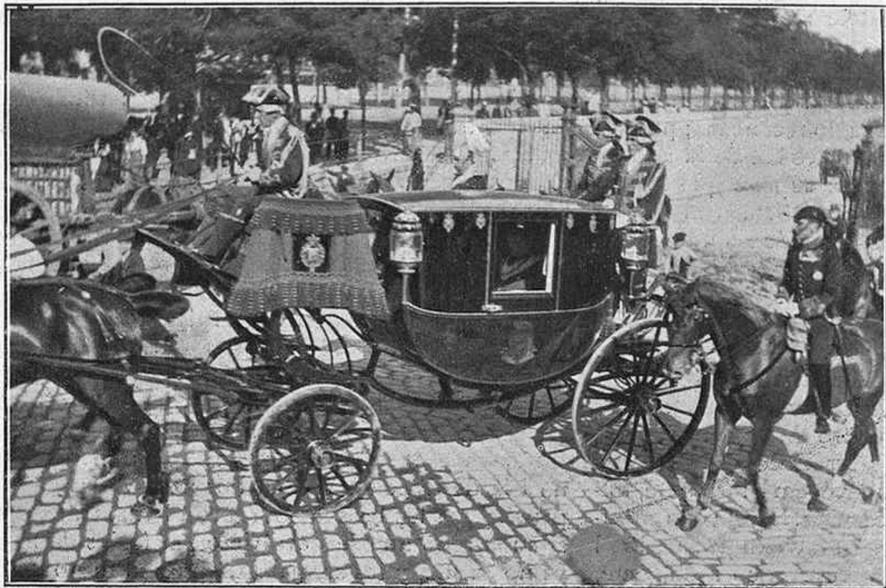
(Se continuará.)

MADRID.—EL CONGRESO EUCARÍSTICO. (Fotografías de Asenjo y Salazar.)

Desde que se anunció la celebración, en el presente año, del Congreso Eucarístico en Madrid, ya se supuso que el éxito del mismo sería extraordinario; se trataba de una de las más

hermosas manifestaciones de la Iglesia católica, de ese homenaje que anualmente rinden todos los católicos del mundo á la Sagrada Eucaristía, y por consiguiente, nadie puso en duda que en nuestra España ese homenaje, y esa manifestación revestirían solemnidad excepcional y se efectuarían en medio del mayor entusiasmo.

hermosas manifestaciones de la Iglesia católica, de ese homenaje que anualmente rinden todos los católicos del mundo á la Sagrada Eucaristía, y por consiguiente, nadie puso en duda que en nuestra España ese homenaje, y esa manifestación revestirían solemnidad excepcional y se efectuarían en medio del mayor entusiasmo.



El cardenal Aguirre, legado pontificio, á la salida de la estación dirigiéndose en una carroza de palacio á la iglesia de Santa Cruz



El obispo de Madrid-Alcalá en la procesión que desde la iglesia de Santa Cruz se dirigió á la catedral

hermosas manifestaciones de la Iglesia católica, de ese homenaje que anualmente rinden todos los católicos del mundo á la Sagrada Eucaristía, y por consiguiente, nadie puso en duda que en nuestra España ese homenaje, y esa manifestación revestirían solemnidad excepcional y se efectuarían en medio del mayor entusiasmo.

Pero la realidad ha superado las esperanzas de los más optimistas, y el espectáculo que en estos momentos ofrece la corte es verdaderamente grandioso. Casi todos los prelados españoles, más de sesenta extranjeros, altos representantes de todas las órdenes religiosas, delegados de sociedades católicas de todo el mundo, profesores eminentes, sabios ilustres, propagandistas fervientes, formando un número de congresistas que no baja de sesenta mil, procedentes de todas las regiones de España y de los más diversos países del extranjero, han acudido á Madrid para tomar parte en el Congreso.

S. S. el Papa Pío X ha nombrado legado especial á Su Eminencia el cardenal Aguirre, arzobispo de Toledo y primado de las Españas, quien llegó á la corte el día 23, siendo recibido en la estación por el ministro de Gracia y Justicia, el capitán general, los gobernadores civil y militar, el alcalde, representantes de las órdenes militares, comisiones de todos los cuerpos de la guarnición, comisión de recepción y otras muchas y distinguidas personalidades. A Getafe habían ido á recibirle el Nuncio de Su Santidad, los obispos de Sión, Namur y Ma-

do de los obispos de Sión y de Namur y escoltado por un piquete de la Escolta Real, á la iglesia de Santa Cruz, en don-

pos, prelados y monseñores, comisiones oficiales y de los cuerpos de la guarnición, comités del Congreso, junta organizadora de éste y una sección montada del cuerpo de Seguridad. En todas las calles los balcones estaban engalanados y un público inmenso tributó continuas ovaciones al legado pontificio. La procesión se encaminó á la catedral; allí la capilla Isidoriana entonó un *Te Deum* y después de varias preces, dióse lectura del breve de la legación apostólica, el obispo de Madrid saludó al legado y éste contestó á la salutación y dió á los fieles la bendición apostólica.

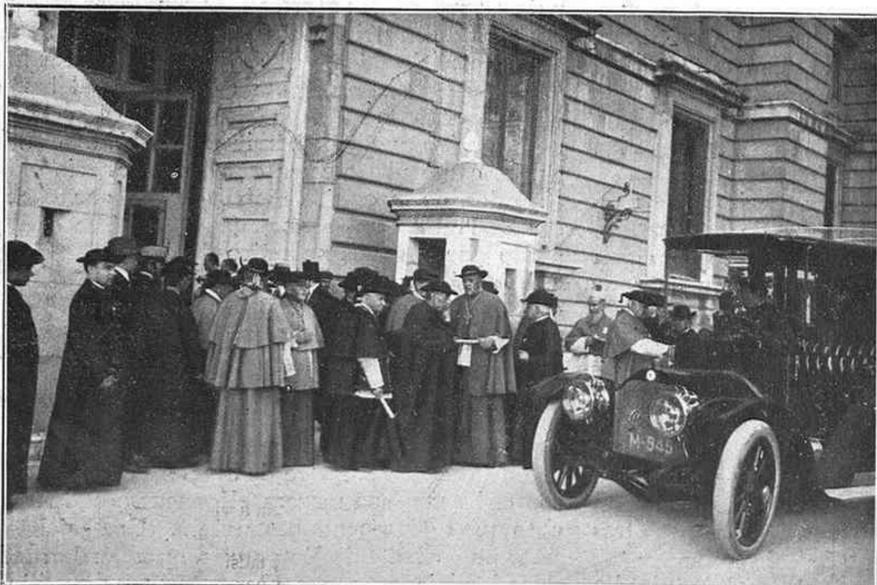
Terminada la ceremonia, el cardenal Aguirre se dirigió al palacio real, en donde se hospedó y en donde fué recibido por S. M. el rey, á quien acompañaba el infante don Carlos, por la reina doña María Cristina y por las infantas doña María Teresa y doña Isabel.

A la mañana siguiente, el cardenal visitó la cripta de la Almudena, en donde se cantó una solemne Salve, y por la tarde recibió en palacio á todos los prelados y á las comisiones del clero catedral, colegial, secular y regular.

El día 25 el señor obispo de Madrid-Alcalá celebró en la cripta de Nuestra Señora de la Almudena la misa de pontifical, á la que asistieron S. M. la reina Doña María Cristina, S. S. AA. las infantas Doña Isabel y Doña María Teresa y el infante D. Carlos, los prelados asistentes al congreso, las autoridades, las órdenes militares, muchas familias y centenares de congresistas.



El cardenal Aguirre dirigiéndose, bajo palio, á la catedral



Los prelados á la salida del palacio real después de ser recibidos por el cardenal Aguirre



La familia real saliendo de la misa de pontifical celebrada en la cripta de la Almudena

EL NUEVO ENVIADO EXTRAORDINARIO Y MINISTRO DE CHILE EN ESPAÑA



Excmo. Sr. D. Emiliano Figueroa,  
enviado extraordinario y ministro de Chile en España



Excmo. Sra. D.ª Leonor Sánchez de Figueroa,  
esposa del enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Chile en España

El nombramiento del Sr. Figueroa como ministro de Chile en España, pone de manifiesto el gran interés que tiene Chile en desarrollar el intercambio intelectual y comercial entre ambos países, como asimismo envuelve la demostración de una gran simpatía, pues la personalidad del Sr. Figueroa ha sido en el último período presidencial de Chile una de las figuras de mayor expectación. El Sr. Figueroa Larraín, presidente accidental de Chile en el año próximo pasado, á consecuencia de la muerte del eminente estadista chileno, presidente de la República D. Pedro Montt, acaecida en Bremen, y de su sucesor el vicepresidente D. Elías Fernández Albano, al ofrecerle el gobierno del país una representación diplomática en Europa, optó por la de España, haciendo pública y elocuente demostración de los sentimientos y afectos que á ella le ligan. Figueroa Larraín, abogado distinguido, miembro de la Cámara de Diputados de Chile desde hace veinte años, en diversos períodos legislativos, tomó parte siempre en

todos los proyectos que han llevado el progreso y bienestar á la nación. Como ministro de Justicia é Instrucción Pública en dos períodos presidenciales, ha realizado labor importantísima, siendo uno de los promotores de la formación del nuevo Código de procedimiento civil y Legislación penal, hoy vigentes. Ha aportado á la Instrucción importantes reformas, aumentando considerablemente el número de escuelas de instrucción primaria de la República, dotando á la enseñanza superior de nuevos planes que han colocado á este ramo de la Administración á la altura de los más adelantados de Europa.

El Sr. Figueroa presentó sus credenciales á Su Majestad el rey el día 18 de junio último. El ministro trasladóse al regio alcázar acompañado del primer introductor de embajadores, conde de Pié de la Concha, y del personal de la legación.

El acto de la presentación efectuóse en la antecámara, en donde el rey hallábase acompañado del ministro de Estado, del jefe de palacio, marqués de

la Torrecilla, del general Sánchez Gómez, jefe de la Casa militar, del conde de Revillagigedo, como Grande de España de servicio, del ayudante de servicio general Aranda Mihura y del oficial mayor de Alabarderos Sr. Pamo.

Hecha la entrega de credenciales, cambiáronse afectuosas frases entre el soberano y el nuevo ministro, haciéndose luego la presentación del personal de la legación.

Seguidamente pasó el Sr. Figueroa á cumplimentar á S. M. la reina Doña Victoria, á quien acompañaban la duquesa de San Carlos, la duquesa de T'Serclaes, dama de guardia, y el duque de Santo Mauro. Después ofreció sus respetos á S. M. la reina doña María Cristina, con quien estaban los jefes de su Casa, la dama de guardia marquesa de Camarasa y el Grande de España conde de Sástago.

Desde palacio regresó el Sr. Figueroa á su residencia, efectuando luego las visitas oficiales que son de rigor en tales casos.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

COLECCIÓN DE LAS OBRAS MÁS NOTABLES Y MODERNAS QUE SE HAN PUBLICADO SOBRE LA HISTORIA DE FRANCIA,  
CUYA PROPIEDAD DE TRADUCCIÓN PARA EL IDIOMA ESPAÑOL TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA EDITORIAL

### ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

- I. HISTORIA GENERAL DE FRANCIA DESDE SU ORIGEN HASTA LA REVOLUCIÓN. - Notable obra que se publica en Francia con extraordinario éxito bajo la dirección del sabio historiador *M. Ernesto Lavisse*, de la Academia Francesa, con la colaboración de los más renombrados catedráticos de las Universidades de Francia.
- II. HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, EL GONSULADO Y EL IMPERIO. - Obras de reconocido mérito escritas por el célebre estadista *M. Adolfo Thiers*, precedidas de un juicio crítico de la *Revolución y sus hombres* por *D. Emilio Castelar*, cuyos originales son de exclusiva propiedad de esta Casa editorial.
- III. LA NUEVA MONARQUÍA (1815-1848) - LA SEGUNDA REPÚBLICA Y EL SEGUNDO IMPERIO. - GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870). Notable obra escrita por *Pierre de la Gorge*, que ha merecido ser premiada por la Academia Francesa.
- IV. LA NUEVA REPÚBLICA. - *THIERS, LA COMMUNE, MAC-MAHÓN, GREVVY, CARNOT, PERIER, FAURE, LOUBET*. - Obra interesantísima, redactada á vista de los documentos más auténticos y las más completas monografías.

Edición profusamente ilustrada con magníficas reproducciones de los más curiosos códices que existen en la Biblioteca Nacional de París, grabados, mapas, facsímiles de manuscritos importantes, así como copias de los más renombrados cuadros existentes en los Museos de Europa. - Se publica por cuadernos y, brevemente, se venderá por tomos encuadernados á pagar á plazos mensuales.



Valencia.—Inauguración del Ateneo Musical, cuyos estudios han sido declarados recientemente de validez académica

(De fotografía de V. Barberá Masip.)

#### LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

CIENCIAS ECONÓMICAS Y SOCIALES. Tomo primero. — Colección de notables trabajos de E. Leiva Q., E. Gamboa, E. Valdés Tagle, J. M. Manzanilla, T. Castellanos, M. P. Portugal, R. E. Salas, A. Bonilla Rojas, A. de Ferrari, L. Miró Quejada, F. E. Noguera, R. Melgar y E. Martínez Sobral, presentados en la séptima sección del Cuarto Congreso Científico (1.º Pan-Americano) celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 5 de enero de 1909. Estos trabajos han sido publicados bajo la dirección de Julio Philippi, secretario de la Sección y de la Subcomisión organizadora respectiva, y forman un volumen, el VIII de los trabajos del Congreso, de 534 páginas, impreso en Santiago de Chile, en la Imprenta, Litografía y Encuadernación «Barcelona.»

HISTORIA DE LA EDUCACIÓN Y DE LA PEDAGOGÍA, por el P. Ramón Ruiz Amado, S. J. — Pocos estudios habrá más interesantes y completos que este libro, en el que se analizan todos los procedimientos y todas las instituciones de educación y pedagogía distribuidos en cuatro épocas: pedagogía tradicionalista, pedagogía humanista, pedagogía neo-latina y pedagoga

ría racionalista. Además de lo que su título indica, esta obra constituye una verdadera apología implícita de la Iglesia Católica: cuya labor docente durante casi veinte siglos es uno de sus mayores méritos. Un tomo de 426 páginas, que forma el cuarto volumen de los «Estudios pedagógicos» del mismo autor; editado en Barcelona por Gustavo Gili. Precio, 4 pesetas en rústica y 5 en tela.

JOSÉ MEJÍA. LAZO DE UNIÓN ENTRE ESPAÑA Y MÉXICO, por César E. Arroyo. — Discurso pronunciado en representación del Cuerpo de profesores del Instituto Nacional «Mejía» en el acto científico literario que dicho establecimiento celebró en honor de su patrón el 19 de marzo de 1911. Un folleto de 18 páginas impreso en la imprenta «La Juventud» de Quito (Ecuador).

EL ARTÍCULO II DE LA CONSTITUCIÓN, por el P. Venancio M.ª Minteguiaga, S. J. — Obra de gran actualidad, dados los proyectos de ley que han de discutirse en las Cortes, y trabajo jurídico muy notable no sólo por el número, sino también por la claridad de los argumentos con que el autor rebate como anticonstitucionales las disposiciones dictadas durante estos últimos años sobre materias más ó menos ligadas con la religión, y fija el verdadero sentido del artículo 11 constitucional.

Un tomo de 256 páginas editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3 pesetas en rústica y 4 en tela.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE DERECHO PENAL, por el P. Víctor Cathrein, de la Compañía de Jesús, traducción del P. José M.ª S. de Tejada, de la misma Compañía. — Estudio filosófico-jurídico, notable por la profundidad, el orden y la claridad con que se exponen y critican las diferentes doctrinas acerca del derecho penal, demostrando que los principios fundamentales de éste son los tradicionales de la escuela católica y rebatiendo las teorías criminalistas modernas. Un tomo de 276 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3 pesetas en rústica y 4 en tela.

ACCIÓN DE LA MUJER EN LA VIDA SOCIAL por el P. Ignacio Casanovas, S. J. — En esta obra notabilísima se concreta en reglas precisas y seguras la esfera de la actividad de la mujer en la complicada vida moderna. Hállase dividida en cuatro partes, Religión, Moralidad, Acción social y Cultura, en todas las cuales domina una gran libertad de espíritu, y bien puede afirmarse que es la última palabra de todo lo que puede decirse, dentro del terreno católico, á propósito de la cuestión feminista. Un tomo de 176 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 2 pesetas en rústica y 3 en tela.

## HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, POR D. MODESTO LAFUENTE, CONTINUADA HASTA NUESTROS DÍAS

POR D. JUAN VALERA, CON LA COLABORACIÓN DE D. ANDRÉS BORREGO Y D. ANTONIO PIRALA

Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección numismática española. — Seis magníficos tomos en folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas. — Su precio **310** pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á **5** pesetas uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. — BARCELONA

# PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN